

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Carne de cañón

La inventiva humana para la maldad no tiene límites. Ya no es suficiente robar, expoliar, violar y asesinar, y mucho menos molestarse en hacerlo tan sólo con unas cuantas docenas de personas, por ejemplo. Demasiado trajín para poca diversión y pocos beneficios, así que hay que organizar las cosas de modo que valga la pena ser malvado y dedicar tiempo y esfuerzos a llevar a cabo planes mucho más ambiciosos. ¿Qué tal si los planes se preparan para ocasionar millones de víctimas? Esto sí que vale la pena, esto sí que es rentable y divertido, especialmente cuando se dispone de abundante carne de cañón…



Lou Carrigan

Carne de cañón

Brigitte en acción - 456

ePub r1.0
Titivillus 07-12-2017

Lou Carrigan, 1989
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Ave María purísima

Primavera lluviosa.

Parecía cono si la luz del mundo hubiese quedado agotada, como si ya, para siempre, sólo se pudiera disponer de aquel resplandor lúgubre y húmedo. Desde aquella pequeña *suite* cerrada herméticamente se oía el dulce sonido de la lluvia en el exterior, y parecía que no sólo la luz del mundo, sino todo lo existente en el mundo, hubiera detenido el curso de su vivir, de su latir.

Sólo la lluvia parecía una realidad.

Los dos curas esperaban la hora de bajar a cenar al pequeño comedor, del pequeño restaurante del pequeño pueblo francés situado al norte de París y relativamente cerca, junto a la carretera de Amiens. Era primavera, llovía y eso era todo.

O eso parecía ser todo.

Uno de los curas, el que estaba leyendo un periódico, dejó de hacerlo de pronto, miró la hora en su reloj de pulsera, y dijo:

—Podríamos bajar ya.

—No me seduce mucho cenar en un lugar como éste, francamente.

—A mí tampoco —admitió el cura del periódico—, pero no podemos hacer eso, parecería un desprecio.

—Sí, tal vez tengas razón. ¿Has terminado con el periódico?

—No, pero puedes quedártelo. ¡Para lo que dice…!

—¿Qué dice?

—Lo mismo de siempre.

—¿Acaso esperabas otra cosa?

—Verdaderamente, no. Es una tontería esto de los periódicos. Sólo dicen mentiras bien programadas.

—De todos modos le echaré un vistazo.

El cura que antes había estado pensativo y silencioso se puso a leer el periódico. El otro, tras pasarse las manos por la cara con

gesto que denotaba más aburrimiento que cansancio, se acercó a la ventana, y se quedó contemplando la lluvia a través de los cristales.

—¿Te imaginas una playa soleada, cálida, de aguas azules…? —dijo volviéndose hacia el que leía el periódico.

—Todo llegará. Ahora tenemos una misión aquí. Ya volveremos a Italia. O a cualquier otro lugar, donde haya playas como esas que estabas imaginando.

—Detesto este clima. Me deprime.

—Tranquilízate. No estaremos aquí mucho tiempo. Además, este hotel es bastante confortable.

—Pero menos que el Vaticano.

Se echaron a reír los dos. El de la ventana regresó a sus imaginarias playas y el del periódico a la lectura de mentiras políticas, sociales y económicas.

Cuando sonó la llamada a la puerta de la *suite* los dos se habían abstraído de nuevo. Tan abstraídos que la llamada incluso los sobresaltó.

Cambiaron una mirada, sonrieron ambos como disculpándose mutuamente el sobresalto, que evidentemente no venía a cuento, y el de la ventana hizo una señal al otro y se acercó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó a través de la madera.

—Ave María Purísima —dijo una dulce voz al otro lado de la puerta, en delicioso francés.

El que estaba con el periódico en las manos se puso en pie velozmente, casi de un salto. De nuevo se miraron los dos curas, y el más alejado de la puerta dijo, molesto.

—¿Qué pueden querer? ¡No deberían venir a nuestra *suite*!

—Pues ya han llegado, y si vienen será por algo, ¿no?

Dicho esto, abrió la puerta. No es fácil imaginarse qué esperaba ven ante él, pero evidentemente sí es fácil suponer que no esperaba encontrarse con la boca de un silenciador ante sus ojos, pues soltó un fuerte respingo, quedando acto seguido inmóvil. El otro cura, de pie junto al sillón en el que se había sentado antes para leer, también quedó inmóvil. Como su compañero de la puerta, miraba sin comprender a la mujer que, pistola en mano, entraba calmosamente en la *suite*.

Era una mujer alta, recia, pelirroja, que llevaba gafas de gruesos cristales de miope. Vestía burdamente, con una vieja trinchera que

estaba más pasada de moda que el charlestón, Con un gesto de la mano blanca y firme, la mujer movió la pistola provista de silenciador, señalando el fondo de la *suite*. El cura que había abierto la puerta comprendió, y comenzó a retroceder, sin perder de vista a la pelirroja de aventajada estatura.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz contenida—. ¿Qué quiere?

La pelirroja se llevó a los labios el dedo índice de la mano izquierda. Un dedo precioso, aristocrático, la uña lacada en un tono rosa pálido, elegante. Era una mano bella, armoniosa, de artista. Una mano que no encajaba con las armas.

—¿Es un atraco? —preguntó el otro cura.

La pelirroja alzó las cejas en un gesto evidentemente divertido. Con la mano izquierda se quitó los lentes, dejando al descubierto sus verdes ojos inmensos, parecidos en aquel momento a dos trozos de hielo, a dos pequeños témpanos flotando quietamente en el mar de su rostro de facciones llenas y duras. La boca, pintada de rojo intenso, se plegaba en un gesto de insólita dureza en una mujer.

—Pero… ¿qué quiere? —insistía el primer cura—. Si se trata de dinero dígalo, le daré cuanto tenemos. Pero tenga cuidado con esa pistola, hija mía…

La pelirroja lo miró fijamente. Con una fijeza perforante, casi siniestra. El cura se estremeció. La pelirroja movió la mano armada hacia él, y el cura vio el oscuro orificio del silenciador. Luego, vio de nuevo los ojos de la pelirroja, vio perfectamente aquella mirada verde fija en él, y, justo entonces, supo que iba a morir. Palideció y quiso decir algo.

Plop, disparó la pelirroja.

La bala se hundió en el negro jersey del cura, justo sobre el corazón, con un chasquido blando y tétrico, arrancando diminutas salpicaduras rojas que mancharon el blanco alzacuellos. El cura emitió un gemido, giró y fue a caer de bruces en un sillón en cuyo respaldo, muy bien colocada, había dejado antes la sotana. Hundió el rostro en la negra tela, rebotó, y rodó por el suelo, quedando cara al techo, abiertos los ojos, crispada la boca… Por un lado de ésta apareció de pronto y lentamente un diminuto riachuelo rojo.

El otro cura, que había iniciado un gesto, había vuelto a quedar absolutamente inmóvil cuando, tras matar a su compañero, la

pelirroja volvió hada él la pistola, tan rápidamente que ni siquiera se pudo apreciar el gesto. El cura se pasó la lengua por los labios y tragó saliva.

—¿Quién la envía? —jadeó.

La pelirroja volvió a apretar los labios, y de nuevo disparó.

Plop.

El segundo cura murió tan rápida y limpiamente como el primero. Recibió la bala en pleno corazón, cayó sentado en el sillón, y el periódico escapó de sus manos crispadas. La negra chaqueta había sido perforada antes que el jersey, tan negro como el de su compañero. Todavía brotaba de su pecho un delgado y extraño silbido, que cesó de pronto. El cura quedó sentado, la cabeza inclinada hacia delante, como si quisiera continuar leyendo el periódico, o quizá contemplar a su compañero que le había precedido en el último viaje.

La pelirroja estuvo unos segundos observando a uno y otro cura.

Todo estaba en silencio.

Solamente se oía, afuera, la lluvia de primavera.

La pelirroja apagó las luces de la *suite,* y se acercó a la ventana. Veía la lluvia, y, dos pisos más abajo, la pequeña explanada donde se estacionaban los coches de los inquilinos del hotel, y la luz azulada que se expandía tristemente, como durmiéndose.

El rumor de la lluvia era sencillamente delicioso.

Capítulo primero

La bellísima pasajera había vuelto un par de veces sus inmensos ojos azules hacia los dos hombres, al otro lado de la limitación de llegadas de vuelos internacionales, que a su vez, la miraban con disimulo muy mal conseguido, muy serios. En cambio, ella les había sonreído las dos veces. Muy levemente, con mucho mejor disimulo que ellos, pero les había sonreído…

No era una pasajera corriente.

Alta, de espléndida cabellera negra suavemente ondulada, elegante, de frente despejada, boca sonrosada, mirada directa e imbatible… Era una belleza cálida e impresionante.

—*Merci, Mademoiselle* Montfort —devolvió el empleado del aeropuerto su pasaporte.

—*Pas de quoi* —lo recogió ella.

Lo guardó en un encantador maletín rojo con florecillas azules estampadas, que se quedó en la mano derecha. Con la izquierda, agarró la única maleta con la que viajaba en esta ocasión, y se encaminó hacia la salida. Ya en el vestíbulo, se fue directa hacia los dos hombres, que reaccionaron a su vez acudiendo apresuradamente a su encuentro.

—¿Es usted? —preguntó uno de ellos, como incrédulo.

—Sí ustedes son ustedes yo soy yo —sonrió de nuevo Brigitte—, pero quiero advertirles que no tengo muchas ganas de bromas.

—Lo comprendemos. Permítame que me haga cargo de su maleta.

—Gracias.

Ninguno de los dos hombres hizo gesto alguno para encargarse del maletín, que la señorita Montfort, periodista norteamericana recién llegada a Francia, conservó en su poder.

Caminaron los tres hacia la salida del aeropuerto, fueron hacia el estacionamiento, y se instalaron en un discreto automóvil negro,

los dos hombres delante, Brigitte atrás, sola.

El automóvil partió.

—Vamos a ir por la carretera 20, la de París-Orleans. Pararemos en Etampes. Simón-París pensó que usted lo preferiría así mejor que llegarse a París, considerando que por el momento no parece que París contenga nada que interese para el caso.

—De acuerdo.

La oscuridad de la noche estaba rasgada por la lluvia cuando llegaron a Etampes: es decir, a una casita en las afueras de Etampes, junto a un río silencioso y sombrío. Todo era sombrío, incluso parecía contener alientos siniestros.

Había luz en la casa ante la cual se detuvo el automóvil.

—Yo llevaré la maleta —dijo el conductor del coche—. Tú acompaña a «Baby» a la casa, con el paraguas.

Lo tenían previsto todo, incluso la sencillez de un paraguas, que el agente de la CIA abrió tras salir del coche. Fue a abrir la portezuela del lado izquierdo, más cercano a la casa, y Brigitte se apeó, se cobijó bajo el paraguas, y recorrieron los cuatro metros escasos que había hasta la casa. Antes de que llegaran al porche la puerta se abrió, recortándose en la luz dorada la silueta de un hombre alto y atlético, que tendió la mano a Brigitte cuando ésta hubo entrado en la casa.

—¿Ha tenido buen viaje? —se interesó.

—Sí… Como siempre. La verdad es que ya ni me fijo. Viajo y eso es todo.

—Lo comprendo. ¿Quiere que vayamos ahora a cierto lugar o lo dejamos para luego?

—Lo dejaremos para luego.

—Entonces tomaremos un aperitivo… Algo caliente, quizá. ¿Le parece bien?

—No quiero tomar nada, gracias.

—De acuerdo. Lo tenemos todo preparado en la salita.

Entraron en la salita, donde había dos hombres más. Eran también altos y atléticos, más jóvenes que el que había recibido a Brigitte. Los dos se quedaron mirándola fijamente, y ella, simplemente, les sonrió, Eso fue todo. La cuestión era muy simple, y todos los sabían: el hombre que había recibido a la agente Baby en la puerta de la casa era Simón-París, y los otros eran Simón I y

Simón II, los del coche; y Simón III y Simón IV los dos que esperaban en la salita de aquella solitaria casa.

—¿Ha habido alguna novedad desde su último informe a la Central? —preguntó Brigitte.

—Hemos realizado pequeñas investigaciones complementarias, pero no hemos alterado nada, pues nos dijeron que usted salía urgentemente hacia aquí. Si lo desea, podemos poner en marcha el programa.

—Esperaremos a estar todos.

Simón-París había señalado un televisor junto al cual había un aparato de vídeo. Brigitte se sentó enfrente, en un sillón, y encendió un cigarrillo que sacó del maletín. Los dos hombres que habían ido a recogerla a Orly a su llegada de Nueva York entraron, uno de ellos con la maleta. Uno de ellos hizo un gesto indicando que todo estaba bien. De los cinco hombres allí reunidos parecía que sólo los cuatro más jóvenes iban armados; aparentemente, Simón-París no llevaba arma alguna.

—Empecemos —dijo Brigitte.

Simón-París puso en marcha el programa de vídeo. Las imágenes aparecieron en la pantalla del televisor, en colores.

En primer lugar apareció el rostro de un hombre joven y muy atractivo, sonriente, de extraña belleza entre tímida y viril. No parecía tener más de treinta años. Moreno, da grandes ojos negros sonrientes, cabellos ensortijados.

—Éste es Renzo Capavaro —murmuró Simón-París—… Ha sido fácil obtener material sobre él, pues hasta hace algo menos de un año fue uno de los más destacados jugadores del equipo italiano de fútbol Juventus de Milán. En la anterior temporada cumplió treinta años y decidió dejar el fútbol. Todavía podía haber jugado algunos años más, pero había tenido dos lesiones importantes en la última temporada y se resentía frecuentemente de ellas, y, además, había ganado ya mucho dinero. Por otra parte, estaba realizando estudios de Psicología en Milán, y prefirió retirarse dignamente y terminar cómodamente la carrera.

—Muy inteligente.

—Bueno, digamos que su decisión lo fue. Capavaro no es una inteligencia… superior, diría yo, a juzgar por los informes obtenidos. Entiéndame, no digo que sea tonto, ni mucho menos,

pero no es nada especialmente inteligente ni interesante bajo ningún concepto. Lo que sí hay que destacar de Renzo Capavaro es que es un muchacho simpático. Se dice que cada persona tiene un don especial propio. Pues bien: el don de Capavaro es la simpatía personal. Es capaz de hacerse amigo de cualquiera. Y es inteligente. Repito: jamás sería un Einstein, pero es inteligente, las cosas le van muy bien, y eso es todo, dicho de modo resumido. Veamos ahora a Ambler.

La imagen cambió. Apareció ahora en la pantalla el rostro de un hombre de unos cuarenta años, de facciones atractivas, pero duras, herméticas. Sus ojos claros parecían desconfiar de la cámara que había captado su imagen, y sus delgados labios se plegaban en un gesto resuelto y casi agresivo…

—Desmond Ambler —lo presentó Simón-París—, uno de nuestros compañeros de la CIA, un veterano resabiado, desconfiado, nada fácil de engañar. Es por eso que pensamos que si acudió a la cita con Renzo Capavaro debía de tener confianza en el muchacho. Sabemos ahora que Ambler estuvo hace tres años algunas temporadas cortas en Milán, y pensamos que allá entabló amistad con Capavaro. Pero no debió de ser por nada relacionado con el espionaje. Simplemente, se conocieron en circunstancias que propiciaron una relación y hasta según parece, una sólida amistad… No conseguimos explicarnos de otro modo que Ambler acudiera sin más medidas de seguridad a una cita con el ex futbolista.

—¿Capavaro continúa en paradero desconocido?

—Así es.

—Y mientras tanto, ustedes han encontrado muerto a Desmond Ambler, nuestro compañero que prestaba servicio con ustedes en París. Servicios de rutina, sin que estuviera en estos días dedicado a alguna misión o trabajo especial.

—Exacto.

—Es decir, que Desmond Ambler estaba en París realizando su trabajo normal para la CIA cuando, de repente, desaparece. La siguiente noticia que tienen ustedes de él es su llamada desde fuera de París, por medio de la radio de bolsillo. Esto significa que él debió de prever la posibilidad de tener que comunicarse con ustedes, pues de otro modo no habría llevado el suplemento para alargar el alcance de la radio hasta los cincuenta kilómetros.

¿Correcto?

—Todo parece indicar que así fue —asintió Simón-París.

—Lo que podría indicar que temía algo por parte de Capavaro, ¿no?

—Así sería si no fuese por la conversación que Simón II —señaló a uno de los agentes que habían ido a recibir a Brigitte al aeropuerto— sostuvo con él cuando llamó por la radio, ya herido. Nosotros pensamos que si Capavaro hubiera tenido algo que ver con la muerte de Ambler, éste habría hablado de otra manera.

—¿Qué dijo exactamente Ambler cuando habló con Simón II?

Simón-París miró a Simón II, que se adelantó un paso hacia Brigitte y murmuró:

—Después de perder el contacto con Desmond apunté lo que habíamos hablado, puesto que todo hacía temer que acababa de morir o estaba moribundo, incapaz de decirnos nada más. Me pareció que sus palabras eran… extrañas, incluso extraordinarias, de modo que lo anoté, para no perder esos datos.

—Hizo usted perfectamente.

—Gracias —sonrió el espía—. Bueno, yo escribí eso en grandes letras después, y lo hemos montado en la filmación de este vídeo. Lo que va a aparecer ahora escrito en la pantalla es, yo diría que textualmente, lo último que Ambler dijo en su vida. Al menos, es lo último que nos dijo a nosotros, a mí concretamente. ¿Proseguimos?

—Por favor —asintió Brigitte.

El agente encargado del vídeo accionó éste, y el programa continuó. Desapareció la imagen y apareció un escrito, en letras mayúsculas. El texto era el siguiente:

> —RENZO CAPAVARO ME… ME HA HABLADO… DE UN… UN CUARTEL… EJÉRCITO NUEVO… CARNE DE CAÑÓN… MILLONES DE… DE VÍCTIMAS… LES OISEAUX…
>
> —DESMOND… ¡DESMOND! ¿DÓNDE ESTÁS?
>
> —ANGER… ANGERVILLE… LES QUATRE… QUATRE…

Este texto permanecía en la pantalla.

Brigitte se lo sabía ya de memoria, así que por fin miró al agente de la CIA que manejaba el vídeo.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—En cuanto al mensaje, sí.

—¿Qué otra cosa hay?

—Bueno, llevábamos la cámara de vídeo en el coche, así que cuando encontramos a Desmond hicimos un poco de película. Lo encontramos tendido en el suelo, dentro del bosque que hay cerca de la localidad llamada Angerville, que se halla unos dieciocho kilómetros al Sur de esta casa, en dirección a Orleans, claro.

—¿Cómo se les ocurrió buscar por el bosque?

—Guiándonos lógicamente por sus palabras —el hombre de la CIA, señaló la pantalla, en la que permanecía el texto— acudimos hacia Angerville. En este punto se cruzan cuatro carreteras, o, por mejor decir, hay un cruce cuádruple. Sin duda es por eso que el bar-parador que hay en ese lugar se llama «Les quatre routes», al que sospechábamos que se había referido Desmond. Y nos convencimos de ello cuando vimos su coche detenido relativamente cerca del bar-parador…

—¿Cerca…, pero no delante del parador?

—Exacto. Cerca, pero no delante del parador. Como si no hubiera deseado que se le relacionase con el parador. No obstante, en ese lugar no hay nada, salvo precisamente el parador, de modo que fuimos allá y al no ver a Desmond, como ya nos temíamos, decidimos preguntar por él. Lo describimos al propietario de «Les quatre routes», el cual dijo que, en efecto, aquel hombre había estado allí, tomando unos tragos con otro, joven, muy atractivo y simpático…

—Es decir, Renzo Capavaro.

—Creemos que es evidente.

—Sí…, lo parece, en efecto. ¿Qué les pasó?

—El propietario del parador dijo que ni Desmond ni el otro habían hecho nada que le pareciera anormal. Dijo que parecían… muy amigos, eso sí, pero nada fuera de lo discreto, y que…

—Perdone —frunció el ceño Brigitte—. ¿Qué quiere decir con eso de nada fuera de lo discreto?

—Bueno —el joven agente de la CIA titubeó, evidentemente molesto—, según el propietario del parador cabía la posibilidad de que aquellos dos hombres fuesen homosexuales.

—¿Capavaro y Desmond Ambler? —exclamó Brigitte.

—Sí.

La divina espía estaba con la boca abierta, presa de más grandioso pasmo.

Por fin, refunfuñó:

—¿Qué más?

—Capavaro y Desmond estuvieron charlando un buen rato. De pronto, los dos se pusieron en pie, y Desmond dejó un billete sobre la mesa. Los dos se dirigieron rápidamente hacia la puerta, y salieron a toda prisa.

—¿Habían estado sentados junto a una ventana?

—Sí.

—Ya. O sea, que vieron llegar a alguien y optaron por marcharse.

—Así lo creemos también nosotros, en efecto. Pensamos que Renzo Capavaro citó a Desmond en «Les quatre routes», y nuestro compañero acudió sin la menor vacilación. No obstante, debió de tomar unas mínimas precauciones, como lo confirma el hecho de que llevara la radio de bolsillo con el suplemento y que dejara el coche alejado discretamente del parador. También Capavaro debió de llegar en coche y dejarlo alejado. Pensamos que Capavaro ya le había dicho algo a Desmond al citarse con él, debió de advertirle de un mínimo de peligro en el encuentro.

—Y él no les dijo nada de la cita a ustedes.

—No.

—¿Lo habría hecho normalmente?

—Sí —intervino Simón-París—… Desmond Ambler era demasiado veterano para meterse en líos profesionales de un modo individual. Es por eso que pensamos que el encuentro tenía una parte de espionaje y otra parte de… relación personal.

—Es decir, que podría ser cierto que Capavaro y Ambler fuesen homosexuales, o sea, que el propietario de «Les Quatre routes» tuviera buena vista para esas cosas.

—Sí. Desmond acudió a una cita que podríamos denominar… mixta. Fue discreto, pero, por si acaso, llevó su pistola, su radio, y además el suplemento de ésta. Por lo tanto, creemos que Capavaro lo citó básicamente para hablarle de algo que debe de ser de la incumbencia o del interés de la CIA.

—De acuerdo. Yo también lo veo así… Y cuando estaban conversando vieron por la ventana la llegada de alguien que les

inquietó, así que decidieron abandonar el lugar a toda prisa. Me inclino a creer que las personas que llegaron debían de estar relacionadas con Renzo Capavaro, que estaba traicionándolas al pasarle información a Desmond Ambler. Quienquiera que fuese se enteró, llegó en el momento crítico, y acorralaron a Capavaro y a Ambler, les dispararon, y… Bueno, no sabemos qué pasó con Capavaro, pero sí sabemos que Ambler, herido, se adentró en el bosque, donde antes de morir tuvo fuerzas y lucidez suficiente para intentar pasarnos lo que le había dicho Capavaro. Pero sólo pudo decir lo que tenemos en la pantalla. ¿Correcto? —terminó Brigitte.

—Correcto y exacto. Quizá Capavaro consiguiera escapar, y esté por ahí, escondido, posiblemente herido. Y también puede ser que, simplemente, lo cazaran, ya fuese vivo o muerto, y se lo llevaran, así como el vehículo en el que Capavaro llegó al lugar de la cita con Desmond.

—¿Cómo encontraron a Desmond?

La imagen apareció en la pantalla del televisor. Apenas había luz, pues era por la tarde, y la densidad del bosque era abrumadora, incluso tenebrosa. El agente de la CIA aparecía tendido de costado, encogido, como si tuviera frío. La cámara describía un par de vueltas alrededor de él, mostrando su postura, y sus facciones tensas, como retorcidas en un último rictus que tenía más de amargura, de decepción por la vida, que de dolor.

Brigitte comprendía aquel gesto: era el de un hombre que ha vivido duramente toda su vida para, al final, caer de un modo estúpido en un bosque húmedo y sombrío lejos de casa, sin pena ni gloria, solo y acosado. Una vida de esfuerzos y sacrificios para nada, absolutamente para nada. Aquella mueca era un adiós a la vida que tenía mucho de amargura, de decepción… y de ironía.

La cámara recogía perfectamente los impactos de dos balas en su espalda, y luego el clarísimo impacto de un balazo disparado a quemarropa sobre el corazón.

—Es decir —susurró Brigitte—, que los perseguidores alcanzaron a Ambler cuando éste ya les había llamado a ustedes y seguramente se había desvanecido. Entonces, lo remataron con ese balazo al corazón. ¿Lo registraron, le quitaron algo?

—Solamente la radio. Lo demás lo tenía todo encima: documentación, dinero, la pistola… Todo.

Brigitte encendió otro cigarrillo, que siguió al que poco antes había aplastado en el cenicero. Se puso en pie, y se acercó a una de las ventanas, cerradas las persianas, corridas las cortinas. Pareció a punto de mirar hacia el exterior, pero desistió y se volvió hacia sus compañeros de la CIA.

—Supongo que se les ha ocurrido pensar que Capavaro está vivo, y que es él quien escapó llevándose la radio, posiblemente herido.

—Lo pensamos, pero creemos que no. Bueno, no sabemos qué tal puede ser ese futbolista como hombre de acción, pero en nuestra opinión, por torpe y pacífico que sea, debería haberse quedado con la pistola de Desmond para defenderse, o intentarlo, por lo menos.

—Es decir, que ustedes suponen que Capavaro fue cazado, ya fuese muerto, ya fuese vivo, y llevado de nuevo al redil. Y con él se llevaron la radio de Ambler: solamente la radio, después de rematarlo a él.

—Nosotros creemos eso. Pero admitimos la posibilidad de que sea lo otro. Es más, hemos estado hablando sobre las diferentes posibilidades de todo esto, y hay muchas. Por ejemplo…

—No, por favor. Nunca he sido partidaria de las teorías como punto de partida para una acción. No sólo porque pueden ser muchas, sino porque, por muchas que sean, por muchas que encontremos, todas podrían ser falsas. Podríamos pasarnos mil años hablando sobre las posibilidades de un hecho y luego resultar que era una cosa en la que no habíamos ni habríamos pensado jamás.

—Eso es cierto —admitió Simón-París.

—Volvamos al mensaje —pidió Brigitte.

El texto reapareció en la pantalla. Simón-París la señaló.

—Millones de víctimas —dijo—. Cuando supe esto tuve la certeza de que usted aparecería por aquí antes de veinticuatro horas. Y ha llegado antes de transcurridas dieciséis desde que cursamos el aviso a la Central.

—Millones de víctimas y carne de cañón —murmuró Brigitte—. Y un ejército nuevo… Cielo santo, ¡y un cuartel! Pero con todo, eso resulta mínimamente comprensible. Lo que no tiene significado para mí es esas dos palabras en francés: *les oiseaux*. Es decir, los pájaros. ¿Significan algo para ustedes, es quizás alguna contraseña que tenían establecida con Desmond Ambler?

—No. Pero ya le he dicho que hemos realizado algunas pequeñas investigaciones, así que hemos localizado cierto lugar.

—¿Y…?

—Bueno, hemos encontrado una… mansión, cerca de aquí, cuyo nombre es «Les oiseaux». Está apenas a ocho kilómetros del lugar donde tuvo lugar el encuentro entre Desmond y Capavaro, al este de Angerville, siguiendo una carretera local…

Capítulo II

El automóvil se detuvo escondido entre los altos abetos, invisible en la lóbrega oscuridad de la tarde. Por entre los gruesos troncos podía verse una extensión llana camuflada en una ligera neblina que flotaba sobre un río invisible, afluente del Sena.

Un poco más allá, como flotando en la neblina, se veía la mansión.

—Es un castillo —dijo Brigitte, sin sorpresa.

—Bueno, sí, pero no de esos tan espectaculares. Hay bastantes mansiones como ésa en el norte de Francia, la mayor parte restauradas por gente adinerada que las utilizan como lugar de recreo.

—Pero ése no es el caso de «Les Oiseaux» —señaló Brigitte la fantasmagórica mansión con un gesto de barbilla.

—Todavía estamos investigándola, pero de momento sabemos que hay gente en ella siempre, no sólo en vacaciones o finales de semana. Estamos investigando con la máxima discreción, pero nos parecería demasiada casualidad que Desmond mencionara les oiseaux y que no se refiriese a esa mansión. Renzo Capavaro podía estar instalado ahí antes de decidir llamar a Desmond a París. Para él, para Capavaro, la cita en «Les quatre routes» era muy cómoda. Incluso podía ir desde la mansión al parador corriendo bosque a través, para un deportista como él eso no significaría más de treinta o cuarenta minutos. Es claro que también pudo ir en bicicleta, moto, automóvil…

—O a caballo —sonrió levemente la divina espía—… Ese castillo parece el lugar adecuado para tener caballos con los que pasear por el bosque.

—Podría ser —admitió Simón-París.

—Me gustaría echarle un vistazo desde más cerca.

—Por hoy ya no podrá ser. Antes de cinco minutos cerrará la

noche, ha sido suerte que hayamos llegado antes de que anocheciera.

—¿Qué hay alrededor de la mansión?

—Campos y bosques. El río pasa muy cerca. Al otro lado está la pequeña localidad de Méreville, a cuyo municipio pertenece la mansión. Es un lugar insólitamente apacible y apartado. Digamos que el lugar no contiene ninguno de los ingredientes que la gente en general considera hoy día básicos para pasarlo bien.

—Lo cual puede estar hecho premeditadamente, manteniendo las tierras alrededor del castillo sin dejar edificar nada ni aportar nada nuevo al paisaje. Incluso es posible que el pueblo, Méreville, esté también sometido a un aislamiento deliberado. Hoy día un lugar solitario es para privilegiados.

—Cierto.

Brigitte se quedó mirando la mansión, que parecía ir difuminándose entre la niebla, que se tomaba negra. Todo se iba tomando negro, todo se iba sumergiendo en una oscuridad húmeda y total. Simón-París y el agente de la CIA que conducía el coche permanecían en silencio, respetando la actitud reflexiva de la espía más audaz e inteligente del mundo, cualidades que Baby había demostrado durante muchos años con una carrera escalofriante.

—Bueno —dijo de pronto Brigitte—, antiguamente, en la vieja Europa, los ejércitos se acuartelaban en castillos más o menos como éste, pero hoy las cosas son muy diferentes, así que no se me ocurre qué clase de… nuevo ejército puede haber ahí. Y menos, un ejército que pudiera ocasionar millones de víctimas.

—Eso debe de ser una exageración —murmuró Simón-París.

—¿Sí? ¿Por qué cree usted eso?

—Pues no sé… Mire, en esa mansión no puede haber más de… cien o doscientas personas, y eso aceptando vivir muy apretadas, supongo. Por otro lado, para ocasionar millones de muertos haría falta un sistema de destrucción… muy sofisticado.

—¿Tan sofisticado que bastasen un centenar de soldados para ponerlo en funcionamiento? —deslizó Brigitte.

—No creo que haya soldados ahí. Sería demasiado aparatoso.

—Hay muchas clases de soldados, Simón. Por ejemplo, yo recuerdo los soldados del futuro[1], y recuerdo aquel… extraordinario ejército de Amid Koral[2]… Pero como decíamos

antes, vamos a dejarnos de teorías, regresemos a casa a cenar…, y esperemos que mañana nuestros compañeros que están en esa parte de la investigación nos proporcionen datos aclaratorios sobre esa mansión y sus ocupantes.

* * *

—¿Intelectuales? —murmuró Brigitte—. ¿Intelectuales?

—Eso dicen nuestras investigaciones —dijo el agente de la CIA portavoz del grupo investigador.

—Pero… ¿qué clase de intelectuales? ¿A qué se dedican concretamente?

—Según parece, a estudios esotéricos.

Brigitte Baby Montfort se quedó mirando al agente norteamericano, como absorta. Eran poco más de las once de la mañana, y desde las ocho habían estado esperando la llegada de aquel hombre que debía informarles de todo lo averiguado en menos de veinticuatro horas sobre la mansión llamada «Les oiseaux», utilizando varios agentes de la CIA caracterizados por su discreción investigadora.

—Estudios esotéricos —repitió por fin Brigitte, en un susurro—… Es decir, estudios todos ellos tendentes al mejor conocimiento y perfección del ser humano por medio de la correcta utilización de la mente y de sus facultades extraordinarias; extraordinarias quiere decir admirables, tal como yo lo expreso, no que sean fuera de lo normal. Digamos que el esoterismo tiende a colocar al ser humano en una… inteligente postura mística de perfeccionamiento como componente que es de todo lo creado, de todo lo existente.

—Creía que el esoterismo era otra cosa —dijo el agente.

—¿Brujerías y cosas así? —sonrió Brigitte.

—Algo parecido.

—No. Nada de eso, Simón. Esoterismo es o pretende ser la posesión de unos conocimientos superiores, inalcanzables para las personas menos… dotadas o afortunadas. Para decirlo lisa y llanamente, esoterismo, tal como yo lo veo, sería superioridad mental y de conocimientos, muchos de ellos arcanos.

—¿Y qué puede tener que ver todo esto con un nuevo ejército que ocasionaría millones de víctimas? —inquirió Simón II.

—Además —intervino Simón IV—, yo no me imagino a un sujeto como Renzo Capavaro estudiando esoterismo.

—¿Y Psicología? —preguntó rápidamente Brigitte.

El agente de la CIA abrió la boca, se quedó así unos segundos, la cerró, pareció que de nuevo quisiera decir algo, y finalmente cerró la boca y se quedó con el ceño fruncido hoscamente.

—Si por ejemplo Capavaro hubiera estado estudiando Arquitectura en los ratos libres que le dejaba el fútbol —sonrió deliciosamente Brigitte—, yo también estaría desconcertada, pues no se me ocurre qué relación podríamos encontrar entre Arquitectura y Esoterismo. Pero, de un modo u otro, no me sorprendería que se pudieran establecer relaciones entre el Esoterismo y la Psicología. ¿Y acaso no estaba estudiando Psicología el guapo Reneo Capavaro?

—O sea, que usted se adhiere a la teoría de que Capavaro acudió a la cita con Desmond saliendo de la mansión «Les oiseaux», y que por lo tanto en ésta están tramando algo.

—Sí, eso es lo que pienso.

—¿Y qué va a hacer, entonces?

Afuera seguía lloviendo. El día era de lo más deprimente, y Brigitte añoró de súbito el sol y el mar, y de modo muy especial, el jardín siempre soleado de Villa Tartaruga, donde podía reunirse con Número Uno siempre que lo deseara. ¡Hacía tanto tiempo que no pasaba allí unos días de sol, paz y amor…! Una vez más se propuso ir a Villa Tartaruga en cuanto terminase la misión del momento… Pero lo cierto era que ella estaba allí porque habían asesinado a un agente de la CIA, a uno de sus compañeros, uno de sus Simones… Con trampa o sin trampa, le hubiera engañado Capavaro o no, lo cierto era que a Desmond Ambler lo habían malherido de dos balazos en la espalda y rematado fría e implacablemente de un tercer balazo, éste al corazón.

Y quien lo había hecho lo pagaría.

—Bien —murmuró por fin la espía, ante la expectación de los agentes de la CIA allí reunidos—, digamos que no tengo nada contra el esoterismo. Al contrario, siempre he sido adicta de cualquier procedimiento honesto que sirva para desarrollar y dignificar al hombre tanto física como mentalmente.

—¿Y eso puede conseguirse con el esoterismo?

—Pues no lo sé —dijo quedamente la implacable espía—…, pero me propongo averiguarlo.

—Cielos —exclamó Simón III—… ¡O sea, que se va a meter en esa mansión!

—Digamos que pretendo entrar… Pero a las buenas. Sabemos que hay en esa mansión un grupo de jóvenes intelectuales. ¿Por qué no puedo estar yo también?

—Por la sencilla razón de que no pertenece al grupo. No conoce a nadie de los que están en la mansión, ni nadie la conoce a usted.

—Sin embargo, espero poder entrar.

—Bueno, eso ya lo sabemos, porque cuando usted se propone una cosa nadie puede…

—No, no, Simón. Quiero decir entrar a las buenas, con toda tranquilidad y en paz… ¿Cómo ha dicho que se llaman esos propietarios alemanes?

—Otto Pfalzer y Kurt Hulm.

—Supongo que ya han avisado a París para que den la orden general de identificación de esos dos sujetos.

—Por supuesto.

—Entre esos intelectuales invitados o amigos de Otto Pfalzer y Kurt Hulm, ¿hay alguna persona conocida, más o menos famosa? Por ejemplo, alguien como Renzo Capavaro, un futbolista bastante famoso, según entiendo.

—No sabemos qué personas hay en la mansión —movió la cabeza el agente de la CIA—. Eso habría requerido una investigación más a fondo, que no convenía por el momento, según entendimos. Lo que sí sabemos es que todos son personas muy agradables, simpáticas, y en general bastante jóvenes. En el pueblo, en Méreville, hablan de ellas a la menor oportunidad.

—¿Sin hacer un secreto de su estancia en la mansión?

—No, no. Todo el mundo sabe que hay en esa mansión mucha gente estudiando «esas cosas». La mayoría de los habitantes de Méreville opinan que lo que se hace en esa mansión es espiritismo, y cosas parecidas, y más bien les divierte.

—Ya. ¿Acaso los invitados de la mansión van con alguna frecuencia al pueblo, tal vez a comprar libros, o algo para beber, o enviar algún telegrama, o cualquier otra cosa…?

—No, casi nunca. Pero los que van llegando pasan todos por

Méreville, preguntando por la mansión «Les Oiseaux», y algunos, si llegan por la tarde, pasan la noche en el pueblo, y por la mañana se dirigen a la mansión. Aunque lo más frecuente, precisamente, es que lleguen en taxi, se instalen en la fonda de Méreville, y esperen a que de la mansión envíen un automóvil a recogerlos para llevarlos allá.

Brigitte asintió, y de nuevo quedó pensativa. Por fin, preguntó:

—¿Cómo son esos dos alemanes?

—¿Quiere decir físicamente?

—Sí.

—No lo sabemos. No sabemos nada de ellos…, por ahora.

—Quizá sería conveniente esperar información antes de tomar decisiones —sugirió Simón-París—. Esos dos podrían ser gente de cuidado, Baby.

Brigitte le miró amablemente, y dijo:

—Yo también soy de cuidado, Simón.

* * *

Tal vez no fuese propiamente un castillo, pero, vista de cerca, tenía más de castillo que de mansión, considerando sus altas torres de vigilancia. En la gran fachada que daba al norte había un gran portalón doble, menos espectacular que un puente levadizo, pero casi tan efectivo a la hora de impedir la entrada a los extraños.

Había bosque bordeando el castillo por su parte norte y este. Por el oeste y el sur se extendía la campiña, de intenso verdor primaveral. El río, en efecto, discurría muy cerca, y se veía una mayor densidad de vegetación cerca de sus orillas, incluido cañaverales. El lugar, visto ahora, a primera hora de la tarde, sin niebla y hasta sin lluvia, resultaba bastante menos lúgubre. También se podía apreciar que la gran construcción había sido restaurada, y, sin duda, en su interior se disponía de todo el confort moderno, desde cuartos de baño con agua caliente a televisión en color, y hasta posiblemente télex, dando por descontado el teléfono.

Había detenido el coche delante mismo del portalón, y tras apearse había pulsado el llamador eléctrico que había a un lado, clavado a la piedra. Mientras esperaba encendió un cigarrillo y retrocedió unos pasos, mirando hacia las ventanas, pintadas de

blanco y protegidas por toldos plegables de color crema. Era un sitio amplio y elegante.

Se abrió solamente la puerta pequeña practicada en una de las enormes hojas del portalón, y un sujeto vestido con traje completo normal y corriente salió al encuentro de Brigitte, que acudía hacia él.

—Buenas tardes —saludó la espía, en su impecable francés—… ¿Podrían recibirme los señores Hulm y Pfalzer? O uno de ellos. Soy Brigitte Montfort, del periódico Morning News, de Nueva York. ¿Sería tan amable de pasar mi tarjeta?

Tendió la tarjeta al hombre, que asintió y la tomó, preguntando:

—¿Cuál es el motivo de su visita, si me hace el favor?

—Bueno, tengo entendido que en el castillo están haciendo… digamos experimentos de tipo espiritista, y me ha parecido que podría conseguir un interesante artículo para mi periódico.

El hombre se quedó mirándola fijamente, estuvo unos segundos así, y de pronto murmuró:

—Tenga la bondad de esperar un minuto, *Mademoiselle*.

—Cómo no. Gracias.

El sujeto desapareció en el interior de la mansión. Reapareció un minuto escaso más tarde, cuando Brigitte estaba contemplando cómo el portalón se abría eléctricamente hacia dentro, dejando al descubierto un amplio patio en el que había cinco o seis automóviles. El hombre le hizo señas a Brigitte, que las interpretó acertadamente y entró con el coche al patio. El portalón se cerró tras la periodista-espía, y el receptor se acercó a su coche y le abrió la portezuela.

—El señor Pfalzer está ocupado en estos momentos, pero el señor Hulm la recibirá encantado. Sea tan amable de seguirme, *Mademoiselle*.

El patio era cuadrado, con varias puertas grandes en la base y ventanas en las cuatro paredes. Daba una sensación de reducto monacal, silencioso, tranquilo, recogido.

El sujeto se dirigió hacia una de las puertas, accedieron a un amplio vestíbulo, y desde aquí pasaron a una biblioteca enorme cuyos ventanales daban precisamente al patio.

Aquí, en la biblioteca, estaba aguardando Kurt Hulm, que se acercó a Brigitte sonriendo cordialmente y tendiendo la mano.

—Realmente es usted —exclamó—… ¡No podía creerlo! Soy un gran admirador de usted, señorita Montfort.

—Muy amable —sonrió Brigitte, aceptando la mano—. Gracias por recibirme, *Herr* Hulm.

—Por nada del mundo habría perdido la oportunidad de conocer a la periodista más famosa del mundo. Oh, bien, usted es toda una personalidad mundial, naturalmente, pero mi admiración hacia usted proviene del periodismo… Mejor dicho, de su modo de hacer periodismo.

—¿Sí? —Casi rió Brigitte—. ¿Qué modo?

—Usted posee unas dotes psicológicas y emocionales totalmente fuera de lo corriente, y por supuesto lo sabe. ¿No es así?

Brigitte sonrió simpáticamente, y eso fue todo.

Estudiaba y era estudiada.

Kurt Hulm era un hombre casi redondo de tan gordo, y no debía de alcanzar ni siquiera el metro setenta de estatura. Vestía un traje corriente, aunque sin duda hecho a medida, y tenía las manos pequeñas, blancas y blandas. Su redonda cabeza exhibía un curioso peinado prácticamente al estilo cepillo, de modo que sus grises cabellos parecían clavos apuntando al cielo. Unas gafas de cristales redondos de alta graduación para miopes le conferían un aspecto de estudiante empollón y desvalido, pese a que claramente se percibía su edad de cincuenta años, quizás un par más.

—¿Tal vez tomaría café? —ofreció Hulm, tras unos segundos de silencio—. ¿O prefiere un buen coñac francés?

—Prefiero el coñac, gracias.

Hulm le hizo una seña al hombre que había llevado a Brigitte hasta allí, y el sujeto abandonó la biblioteca. Hulm señaló uno de los sillones, esperó a que Brigitte se sentara, y él lo hizo tras colocar un sillón dando frente a su visitante.

—En cualquier caso —dijo— lo cierto es que usted es famosa en todo el mundo y en cambio yo soy un desconocido. Le aseguro que estoy encantado de su visita, pero… ¿a qué es debida? ¿Realmente le interesa el espiritismo?

—Simplemente me he enterado por casualidad de lo que ocurre en este lugar, y me pareció que podría ser interesante hacerle una visita.

—¿Se ha enterado por casualidad? ¿A qué llama usted

casualidad?

—Pues a casualidad —rió Brigitte—. Estaba en Méreville por otro asunto, y oí hablar de «Les Oiseaux». Sentí curiosidad, eso es todo. Y como parece que del otro asunto no voy a sacar nada en claro…

—Se me hace difícil creer que alguien tenga asuntos en Méreville —sonrió Hulm—… Aparte de las personas que viven en Méreville, claro está. De todos modos, si puedo ayudarla en algo lo haré encantado. ¿Cuál es su problema en Méreville?

—Pues… Verá, no es propiamente un problema mío, sino algo… En fin, algo un tanto especial. Yo estaba en París cuando me llegó la noticia de que un agente de la CIA había sido hallado muerto en un bosque muy cerca de allá, y pensé que… era una noticia digna de interés.

—Sin duda —parpadeó Kurt Hulm—… No sabía nada de eso. Claro que aquí no leemos mucho la prensa, ni vemos en exceso la televisión… En cualquier caso es una noticia que ha debido de tener gran repercusión.

—No, ninguna —sonrió de nuevo la visitante—. No ha sido divulgada oficialmente, señor Hulm. Lo que ocurre es que… Bien, después de tantos años de periodismo internacional comprenderá usted que tengo… buenos amigos y excelentes canales de información privada. Con frecuencia me llaman amigos de muy distintas esferas para pasarme informaciones… especiales, siempre con el ruego de que no la utilice hasta el momento adecuado. Pero mientras llega ese momento, como es lógico, investigo por mi cuenta. Creo que la CIA está concentrando su atención en Angerville, así que yo decidí darme una vuelta alrededor de ese lugar.

—De manera que tiene usted amigos en la CIA.

—Espero que eso no le sorprenda, señor Hulm: soy norteamericana, y, desde hace mucho tiempo, directora de la Sección Internacional del Morning News, uno de los periódicos más importantes del mundo.

—Casi me está usted diciendo que tiene tan buenas relaciones con la CIA que podría estar trabajando para ella —sonrió el gordito miope.

—Digamos que alguna vez les he hecho algún pequeño favor,

pero nada más. Pero bueno, la CIA no importa ahora. Me doy cuenta de que lo que ha sucedido se sale de mis pobres posibilidades de investigación, y mientras espero que algún amigo me diga algo, me ha llamado la atención «Les Oiseaux». ¿Es cierto que hacen espiritismo multitudinario?

—¿Multitudinario?

—Bueno, tengo entendido que hay bastantes personas en este castillo. ¿No es así?

—Es así. Pero no hacemos espiritismo, ni nada parecido. Simplemente realizamos cursillos de perfeccionamiento personal.

—¡Eso parece interesante! ¿En qué consisten?

Kurt Hulm se echó a reír.

En aquel momento regresó el criado, empujando un carrito con una botella de coñac y vasos de grueso cristal tallado. Dejó el carrito ante Hulm, miró a éste, y al captar la seña abandonó de nuevo la biblioteca. Hulm sirvió coñac en dos vasos, y tendió uno a Brigitte.

—Se me ocurre —dijo— que quizás usted no ha sido demasiado discreta al mencionarme ese asunto de la CIA.

—No tardará mucho en saberse. Por experiencia sé que la CIA no suele ser demasiado discreta…, salvo que le convenga de modo especial. Y en esta ocasión no va a serlo, así que no tiene importancia que yo lo sea o no.

—¿La CIA no va a ser discreta en esta ocasión? ¿Por qué no?

—Porque me parece que no tienen ninguna pista, y en esas ocasiones gritan y aparentemente se van de la lengua. Pero lo hacen para provocar reacciones y esperar que alguien se ponga en evidencia.

—Caramba —se pasmó Hulm—… ¡Qué astutos!

Brigitte encogió los hombros, bebió un sorbito de coñac, y abrió mucho los ojos, con un gesto simpático.

—¡Excelente coñac! Y usted es muy amable, señor Hulm. ¿Tal vez podría decirme eso del perfeccionamiento personal? ¿Qué cursillos son ésos?

—Como su propio nombre indica, se imparten… conocimientos y disciplinas encaminadas a perfeccionar al ser humano básicamente en su aspecto moral, mental y emocional.

—¡Caray!

—Sí, reconozco que es un programa ambicioso. Pero, señorita Montfort, en esta vida sólo vale la pena aquello que contiene la suficiente ambición por parte del ser humano para ser mejor cada día.

—Completamente de acuerdo —asintió Brigitte—… ¿Y cómo lo hacen?

—Bueno, estudiamos cosas tales como filosofía, teología, lógica, psicología, psiquiatría, ética… Digamos que desarrollamos las capacidades naturales del ser humano para alcanzar unos estadios superiores a los corrientes. Hay gente que a esto lo llama pamplinas y gente que lo llama brujería, ¡y hasta espiritismo! —rió Hulm—. Pero nosotros, aquí, tenemos las ideas muy claras: el ser humano tiene la obligación de perfeccionarse continuamente, y, todavía más, la obligación de no degradarse. Y en eso estamos.

—Le aseguro que a mí estas cosas me parecen maravillosas.

—Es lógico, puesto que usted es una persona de altísima calidad. Cuanta más calidad humana hay en una persona mejor comprende esta persona todo lo que signifique esfuerzos para alcanzar perfeccionamientos morales y emocionales, siempre todo bajo el control de una mente lúcida y equilibrada.

—Señor Hulm, está usted diciendo las palabras que siempre me ha gustado escuchar. ¡Me gustaría muchísimo escribir un amplio reportaje sobre lo que están haciende ustedes aquí, en «Les Oiseaux»!

—Personalmente no tengo inconveniente. Y espero que tampoco lo tendrán Otto y Angela.

—¿Angela? Yo he oído mencionar en el pueblo al señor Otto Pfalzer, pero no he oído el nombre de Angela. ¿Quién es?

Kurt Hulm quedó serio y pensativo, con la mirada perdida durante casi medio minuto. Reaccionó de pronto, miró a Brigitte, y murmuró:

—Para muchas personas sería difícil de comprender, pero para Otto y para mí Angela es… el centro de nuestras vidas. Ellos no tardarán en venir a conocerla, pero mientras tanto, dígame: ¿cómo enfocaría usted un reportaje sobre nuestros cursillos de perfeccionamiento humano?

Capítulo III

Brigitte Montfort y Kurt Hulm estaban conversando animadamente cuando entraron en la biblioteca Otto Pfalzer y Angela. Otto Pfalzer era un hombre de edad aproximada a la de Hulm, también era obeso, aunque no tanto, y era algo más alto y bastante calvo; una corona de cabello gris formaba una extravagante melena hacia la nuca del alemán, que vestía también corrientemente. Usaba gafas, pero no de miope, debía de tener astigmatismo corriente.

Angela era una negra. Una negra enorme, quizá de metro noventa de estatura, y de una gordura preocupante, a juicio de Brigitte; si ella hubiera estado tan gorda como Angela habría temido mucho por su salud, pero quizá la negra tenía un corazón de elefante, y podía soportarlo todo.

Angela era muy hermosa, pese a su gordura. O quizá su gordura le confería una belleza especial, luminosa con sus tensas y tersas carnes. Grandes ojos negrísimos, boca grande y roja, dientes blancos y fuertes, un atractivo aire juvenil… Iba muy bien maquillada, y sus cabellos se apretaban en torno a su cabeza formando como un casco con un millón de diminutos rizos. Su indumentaria consistía en una túnica blanca que le llegaba hasta los pies. Unos pies grandes y hermosos, calzados con sandalias de piel que permitían ver sus dedos, cuyas uñas estaban lacadas de rojo intenso, como las de sus manos.

Contemplar a la gigantesca negra llamada Angela era todo un espectáculo exótico.

Mientras Kurt Hulm hacía las presentaciones, Brigitte recordó las anteriores palabras del alemán miope: para muchas personas sería difícil de comprender, pero para Otto y para él Angela era el centro de sus vidas… ¿En qué sentido podía ser Angela el centro de las vidas de dos hombres de raza distinta y que le doblaban la edad?

—Incluso yo, que no soy muy dada a interesarme por las

noticias del mundo he leído cosas de usted —dijo Angela—. Y es cierto, tiene usted un… toque especial en sus escritos, señorita Montfort.

—Conseguirán ustedes que me envanezca —sonrió la divina espía.

—Estoy seguro de que con su estilo profundo y humano podría conseguir el Premio Nobel de Literatura —dije el calvo Pfalzer.

—¡Señor Pfalzer —rió Brigitte—, soy periodista, no novelista!

—Ya lo sé. Pero ya ganó el Premio Pulitzer de Periodismo, ¿no es cierto? Del mismo nodo, si se dedicase a la literatura alcanzaría el Nobel, tengo la certeza absoluta.

—Ustedes están siendo demasiado amables conmigo —aseguró Brigitte—… ¿Por qué no hablamos en serio?

—¡Todos estamos hablando en serio! —exclamó Hulm.

—Me parece que la señorita Montfort ha querido decirnos algo concreto con esa frase —intervino Angela—… ¿Qué es ello?

Se quedó mirándola. Brigitte también miró los hermosos ojos de la negra. Angela tenía una voz honda, bien timbrada, dotada de una resonancia que sugería fuerza, muy en consonancia con su gran corpulencia. No parecía tener los pechos muy grandes, cosa que no era demasiado extraño en personas de corpulencia poco corriente. ¿Cómo sería Angela en bikini?, pensó Brigitte. Habría sido algo verdaderamente digno de verse…

—Lo que he querido decir —murmuró la espía— es que me gustaría mucho que me permitieran escribir el reportaje del cual hemos estado hablando el señor Hulm y yo. Según él, no tiene inconveniente. ¿Lo tienen ustedes?

—Claro que no —replicó Angela—…, siempre y cuando respete usted nuestras mínimas condiciones de discreción respecto a las personas que hay en la casa. Aunque ya suponemos que usted tratará el tema de un modo serio, y que no pretende nada sensacionalista en esa línea barata de periódicos de poca monta.

—Mi intención es enterarme bien de lo que ustedes están haciendo aquí, y publicarlo… si realmente tiene la suficiente categoría para aparecer en las páginas del Morning News.

—¡Entendido! —Se echó a reír Angela—. Usted también pone sus condiciones, ¿no es cierto?

—Nunca he escrito reportajes baratos —sonrió Brigitte—…, ni

sobre fantasías o supercherías. Comprenderán que con mi prestigio no voy a variar ahora de norma o estilo.

—Su actitud es una garantía para todos nosotros —asintió Angela—. De modo que cuenta con nuestro permiso. ¿De acuerdo, cariños?

Otto y Kurt asintieron, mirando embelesados a la negra, que los besó en la boca dulcemente, primero a uno y luego a otro, para asombro, o mejor dicho para curiosidad de Brigitte.

—Lamentablemente —prosiguió la espléndida negra— las clases de hoy ya han terminado o están terminando, por lo que no podrá asistir a ninguna, pues tenemos por norma que absolutamente nada debe interrumpir una clase. Pero si lo desea puede conocer a algunos de nuestros alumnos, y charlar con ellos hasta la hora de la cena.

—Estoy segura de que me encantará —asintió Brigitte—. Pero no quisiera entretenerle demasiado, pues no conozco estos lugares, y todavía tengo que encontrar un alojamiento…

—¡De ninguna manera! —exclamó Angela—. ¡Usted es nuestra invitada! Todavía nos quedan algunas habitaciones libres, y todos estaremos encantados de tenerla con nosotros.

Brigitte miró a Kurt y Otto, que asentían, pero en el fondo de sus ojos vio perfectamente que sus deseos no eran precisamente los mismos que los de Angela.

—Bien —murmuró—. Tengo una maleta en el coche, así que iré a por ella…

—Roger se encargará de eso, y de prepararle su habitación. Ahora vamos a la sala grande, y así irá conociendo a nuestros discípulos a medida que vayan terminando sus clases: siempre hay reuniones interesantes antes de la cena, para intercambiar impresiones y opiniones.

—Sin duda debe de ser interesante.

—Sí —la miró fijamente Angela—…, lo es sin la menor duda.

Salieron de aquella sala, cruzaron el amplio vestíbulo, y entraron en otra, más grande, donde había unos treinta o treinta y cinco jóvenes de ambos sexos, la mayoría conversando animadamente, de pie o sentados en sillones y sofás, fumando, tomando unos aperitivos…

Al percatarse de la presencia de Brigitte todos quedaron

silenciosos y mirándola. Brigitte miraba rápidamente de un lado a otro, comprobando que, sin excepción, todas las personas que había en aquel salón eran jóvenes y de considerable belleza física; no había ni una sola persona que pudiera ser llamada fea por ningún motivo, más bien al contrario. Contemplar aquel grupo de personas jóvenes y hermosas sólo podía producir agrado…

Y sin embargo, Brigitte Baby Montfort sintió un profundo, lento y siniestro escalofrío cuyo estremecimiento a duras penas pudo contener. Por un instante pensó que su reacción era absurda ante tal cantidad de hermosos jóvenes, pero acto seguido se dijo que no, que si ella había sentido aquello tenía que ser por algo, pues su sensibilidad era cada día mayor y alcanzaba más allá de los más simples y corrientes sentidos corporales.

Pero… ¿qué podía haber de siniestro, de escalofriante, en aquel grupo de hermosos jóvenes?

Se dio cuenta de repente de que Angela estaba hablando de ella a los reunidos, y le prestó su atención.

—… de tal categoría que KAO no ha tenido inconveniente en autorizar a la señorita Montfort no sólo a escribir su reportaje, sino que permanezca aquí el tiempo necesario para que conozca bien la situación y pueda obtener sus propias conclusiones. Aunque sé que no necesito decirlo, KAO agradecerá que seáis amables con ella.

Hubo un murmullo de asentimiento, y aparecieron sonrisas que sustituyeron las miradas recelosas del principio. Brigitte sonreía a su vez, y fue estrechando las manos de algunos de los presentes, que se acercaron con actitud visiblemente cordial. En cuestión de segundos y casi sin darse cuenta se encontró rodeada de jóvenes que le sonreían, le estrechaban la mano, y le hacían elogios de su persona y de su personalidad profesional. Una buena parte de aquellos simpáticos y atractivos jóvenes habían leído artículos de ella, y, sin excepción, la estaban elogiando…, mientras había en sus ojos el latir de una mentira y de algo que seguía poniendo estremecimientos en el cuerpo de la divina espía.

—Algunos de nosotros también somos periodistas, pero como suele decirse estamos en pañales —decía una bella muchacha rubia.

—Todo consiste en trabajar —dijo amablemente Brigitte—. A veces la sapiencia no es más que experiencia. ¿Me permiten una pregunta?

—¡Por supuesto!

—¿Qué o quién es KAO? Angela ha hablado de eso como si yo lo conociera, pero no es así…

—¡Desde luego que sí conoce a KAO! —rió un joven moreno de ojos claros con destellos de perversión que casi aterró a Brigitte—. KAO son las iniciales de Kurt, Angela y Otto. Ellos siempre toman las decisiones importantes consultando entre sí y de acuerdo los tres, por lo que en muchas ocasiones, para comentar algo que se ha decidido había que decir «Angela, Otto y Kurt han decidido que»… Entonces, ella, Angela, se inventó esa palabra que los resume a los tres. De modo que decir KAO es decir Kurt-Angela-Otto.

—Entiendo. Bueno, me ha encantado conocerlos, pero si estaban ustedes discutiendo sobre temas en los que yo sólo diría tonterías prefiero subir a mi habitación, y ya nos veremos durante la cena.

—Estábamos todos, como siempre, hablando de temas en los que cualquier persona con sentido común puede participar. Y tenemos la seguridad de que usted incluso podría enriquecer nuestra conversación, señorita Montfort.

—Son muy amables todos, de veras.

—Por ejemplo, nos gustaría escuchar su opinión sobre la última pregunta planteada en las clases, y en torno a la cual giran todas las charlas esta semana. La pregunta es la siguiente: ¿qué somos los seres humanos: bestias evolucionadas o seres divinos en continua degradación?

—Zambomba —exclamó graciosamente Brigitte—, ¡vaya preguntita!

Hubo algunas risas alrededor de la periodista-espía.

Un muchacho de más de metro ochenta, rubio casi albino, hermoso y atlético, dijo:

—Las preguntas sencillas y las respuestas simples no interesan en este lugar, señorita Montfort. Aquí siempre vamos en busca de alguna revelación más o menos importante sobre el ser humano, por lo que todas las cosas que se dicen en el exterior han dejado de interesarnos. Me refiero, claro, a las cosas vulgares que dice la gente vulgar.

—Sí, comprendo —asintió Brigitte—. Pero, francamente, por el momento no conozco la respuesta a su pregunta.

—¿Por el momento? —saltó otro bello joven—. ¿Quiere decir

que más adelante espera tener la respuesta?

—Se me ha ocurrido en este momento que quizá cuando muera lo sabré todo.

—¡De modo que usted cree en la vida después de la muerte!

—La muerte no existe —le miró fijamente Brigitte—. Existe solamente una transformación de la materia y un cambio de estado. Pero cada uno de nosotros, es decir, la fuerza que existe en cada uno de nosotros, existirá siempre.

—O sea, que somos eternos.

—Somos tan eternos como la energía del universo. Mientras la energía del universo esté viva nosotros estaremos vivos, sea de la forma que sea.

—Me parece —intervino Kurt Hulm— que su entrada en el terreno filosófico es demasiado profunda para nuestros discípulos.

—¿Realmente? —Le miró Brigitte—. Creí que podría conversar a esos niveles con personas que me preguntaban sobre el origen del ser humano. ¿O creen que es más fácil saber el origen del ser humano que el destino del ser humano?

Alrededor de la periodista se hizo un denso silencio. Por fin, Otto soltó un bufido que hizo reír a algunos, y movió su calva cabezota. Iba a decir algo cuando Angela se le adelantó:

—La cuestión consiste en concentrarse en las cosas de esta vida, no en las de antes o después.

—Tal vez —la miró Brigitte fijamente—; pero quizá comprenderíamos mejor las cosas de esta vida si conociéramos algo del antes o del después.

—Quizá —admitió Angela—. Pero ahora estamos aquí, y las cosas que nos interesan son las de aquí. Nuestras disciplinas, básicamente, están organizadas de ese modo, señorita Montfort.

—No seré yo quien perturbe el orden y la intención de sus clases. Pero al menos déjeme que responda con mi opinión a la primera pregunta que me han hecho. Yo, damas y caballeros, estoy plenamente convencida de que no somos bestias en evolución de progreso, sino todo lo contrario, es decir, seres divinos en declive, en descenso, en degradación progresiva y cada vez más acelerada. Me pegunto, Angela, si se me permitiría agravar mi degradación tomando una copa de champán… ¿O no está permitido beber champán en este encantador lugar?

Volvieron a oírse risas. Angela sonreía, igual que Kurt y Otto.

—El champán —dijo la hermosa negra— es una de las cosas buenas de la vida tal como nosotros la conocemos. Por lo tanto, señorita Montfort, siempre encontrará champán en este encantador lugar.

* * *

La habitación era austera, pero confortable, por supuesto con calefacción. Era por demás evidente que la distribución inicial de las dependencias de la mansión había sido cambiada a fin de conseguir más habitaciones aunque resultasen más pequeñas. El aseo consistía en un pequeño lavabo, retrete y ducha. La cama era estrecha y sencilla. El armario admitía un equipaje reducido, imprescindible. Junto al armario, un pequeño escritorio con una lamparita cuya luz daba al centro de mesa…

Era todo talmente como podía esperarse en una escuela austera en la que lo importante fuese el progreso mental, moral o espiritual de los alumnos, y no el excesivo confort o el recreo del cuerpo. Sin embargo, había champán en la mansión, y la cena había sido no exquisita, pero sí agradable y abundante. Casi cien personas habían cenado juntas aquella noche, repartidas en tres mesas. En la más grande de éstas, había cenado Brigitte, acompañando a KAO y a los alumnos que, al parecer, estaban más aventajados en los estudios que se impartían en «Les Oiseaux», y cuya conversación versaba siempre sobre el mismo tema de fondo, que Brigitte había detectado finalmente; ¿qué era lo que más anhelaba el ser humano y cómo se le podía proporcionar?

Estaba desconcertada y al mismo tiempo casi asustada, lo que no era frecuente en ella, ni mucho menos. Para asustar a la agente Baby había que encontrar algo verdaderamente especial y temible, y allí no parecía haber nada de eso. Sin embargo, había algo en el ambiente, y en el fondo de los ojos de aquellos hermosos jóvenes, algo… horrible, perverso, malvado.

¿Y cómo podía ser esto en unos muchachos que parecían dirigir todos sus esfuerzos a llegar a saber qué era lo que más anhelaba el ser humano y cómo se le podía proporcionar?

Brigitte se desnudó, y se puso el pijama de satén azul, único que

llevaba en este viaje. Del maletín sacó cigarrillos, y encendió uno. Se quedó mirando el falso paquete de cigarrillos que contenía una radio camuflada; esa radio había sido colocada en la onda de París, es decir, en la misma onda que utilizaba Desmond Ambler cuando falleció mientras conversaba con Simón III. La idea era que si en cualquier momento Brigitte encontraba inesperadas dificultades que no pudiese salvar por sí misma, pidiese ayuda a Simón-París. Pero si esto no sucedía, Simón-París no debía llamarla a ella ocurriese lo que ocurriese, pues esa llamada, de producirse en un momento inoportuno, podía comprometerla mucho si se oía el «bip-bip-bip» del zumbador de aviso o bien la vibración en el paquete de cigarrillos.

Y solamente en el caso de que hubieran transcurrido cuarenta y ocho horas sin que Simón-París hubiese recibido noticias de Brigitte debía la CIA intervenir directamente. Hasta entonces, y como era su costumbre, Baby prefería trabajar sola, evitando así riesgos a sus Simones, pues…

Bip-bip-bip-bip, comenzó a sonar la radio camuflada en el paquete de cigarrillos.

Tras un primer respingo inevitable, Brigitte se quedó mirando con expresión de disgusto la radio.

¿Acaso Simón-París no había entendido sus órdenes? Ella lo había dicho bien claramente: no debían llamarla ocurriese lo que ocurriese. ¿Cómo se atrevía Simón-París a desobedecer sus órdenes…?

Y de pronto, Brigitte comprendió que no era así, que no era Simón-París quien la estaba llamando.

La estaba llamando Renzo Capavaro. O, al menos, la estaba llamando la radio de Desmond Ambler que había desaparecido, y que muy bien podía estar ahora en poder del desaparecido Renzo Capavaro. Pero también podía ser que la radio la tuvieran otras personas, y que Capavaro hubiera muerto, como Desmond Ambler…

Bip-bip-bip-bip, seguía sonando la llamada, apenas audible, en el paquete de cigarrillos.

Si contestaba podía meterse en una trampa, pues quien la oyera identificaría su voz. Pero si no contestaba corría el riesgo de perderse una comunicación importante, un mensaje que podía

solucionar la situación.

Brigitte tomó una súbita decisión intermedia: simplemente, abrió el canal de recepción de la radio, tirando de uno de los cigarrillos, pero no contestó verbalmente, no dijo nada. Si la persona que llamaba tenía algo que decir, que lo dijera, y ella lo escucharía.

Pero nadie dijo nada.

No se oyó nada. Dejó de sonar el bip-bip-bip-bip al establecerse la conexión, pero no se oyó nada. Brigitte apretó los labios, y sus ojos adquirieron aquella gélida expresión que no presagiaba nada bueno. Sabía que la persona que manejaba la otra radio estaba haciendo lo mismo que ella: esperar a que se produjera algún sonido, algún contacto.

Mientras esperaba sacó la pistola de cachas de madreperla del doble fondo especial de su maletín, donde había varios pasaportes y dinero en efectivo, así como diminutas ampollas de drogas especiales preparadas bajo la dirección de Mc Gee en los laboratorios de la CIA.

Seguía sin oírse nada.

Brigitte se alzó la blusa del pijama, y con un trozo de esparadrapo adhirió a su costado, bajo el seno izquierdo, la pequeña pistola. Luego, cerró la radio, se acostó, y segundos más tarde se había dormido.

Capítulo IV

La despertó el lejano, amortiguado e inconfundible piar de algunos pajarillos.

Abrió los ojos, y se quedó mirando el techo. Por la pequeña ventana alta, que daba al interior del patio de la mansión, se divisaba una difusa claridad de tono lácteo, y Brigitte comprendió que el cielo estaba cargado de espesas nubes que pronto descargarían copiosa lluvia, Pese a esto, los pájaros acogían el día alegremente, piando en los aleros de la mansión. Les Oiseaux. Los pájaros. El nombre encajaba bien con la mansión.

Miró su relojito de pulsera. Las ocho y diez minutos. Seguramente, de no haber sido por el tono lechoso de las nubes, el día se habría visto más oscuro. ¡Qué clima tan odioso! Pero bueno, ella no estaba allí para protestar, ni para quedarse en la cama. Así que se levantó, y procedió a ducharse y vestirse.

A las nueve menos cinco minutos aparecía en la gran sala de reuniones, donde la casi totalidad de los alumnos de KAO estaban ya conversando animadamente a la espera del desayuno. Brigitte fue recibida con muestras de simpatía y de interés, y muy pronto absorbida por la conversación. Conversación que continuó durante el desayuno, al cual asistió Kurt Hulm, pero no Otto Pfalzer ni Angela.

—¿Se encuentran indispuestos, tal vez? —se interesó Brigitte.

—No —replicó casi de mal talante Kurt—. Se encuentran perfectamente. Hoy puede empezar usted asistiendo a mi clase, que es la primera.

—Con mucho gusto. Gracias, señor Hulm.

—Aunque estoy convencido de que no precisa usted ninguna clase de enseñanza ni ejercicio para la afirmación de su personalidad y confianza en sí misma.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Al tema de hoy… Pero no hablemos más. Ya lo verá usted dentro de poco.

La clase comenzó a las nueve y media, en los semisótanos de la mansión, que tenían ventanales al nivel de la base de la casa, vistos desde el exterior. Es decir, que donde Brigitte había pensado que había depósitos para trastos, leña, combustible en general, e incluso quizás un invernadero, había varias dependencias, también habilitadas aprovechando el espacio inicial bajo la mansión. En total había cuatro aulas, en las cuales se iban turnando los alumnos por grupos.

Separando dos aulas a un lado y dos a otro había un ancho pasillo en cuyo final estaba la bodega, que Brigitte se propuso visitar con cierto detenimiento, pues por experiencia sabía que los sótanos suelen guardar muchas sorpresas…

Pero también la clase de Kurt Hulm le proporcionó una sorpresa. Sobre cada uno de los pupitres había un espejo cuadrado, de unos cuarenta centímetros de lado, y Brigitte tomó el que estaba sobre la mesa que eligió y se miró en él.

Nada especial. Simplemente, un espejo.

—Estoy bellísimo esta mañana —dijo uno de los muchachos.

Se oyeron risas. Kurt Hulm estaba, evidentemente, de mal talante, y Brigitte lo atribuyó a la ausencia en conjunto de Angela y Otto. ¿Tal vez había alguna rivalidad de tipo sentimental entre Otto y Kurt por culpa de Angela…?

—No se trata de encontrar esa belleza, Manfred —dijo Hulm—. La belleza física es algo que se ve a simple vista, y no admite controversias ni explicaciones. Busquemos otra clase de belleza. Y ya que has sido tú quien ha hecho el primer comentario, sigue mirándote al espejo y dime qué ves en él. Sin bromas, por favor.

El bello Manfred se miró al espejo, mientras el resto de los alumnos lo miraban a él intrigados. Tan intrigados como la propia Brigitte, la cual había ya comprendido, naturalmente, que la clase del espejo se impartía por primera vez en «Les Oiseaux». ¿Era la mansión un cuartel? ¿A qué clase de nuevo ejército se había referido Desmond Ambler antes de morir? ¿Y a qué carne de cañón, a qué millones de víctimas…? ¿Dónde estaba Renzo Capavaro, ya fuese muerto, ya fuese vivo?

—Bien, Manfred —instó Hulm, ante la tardanza del muchacho

en decir algo—, ¿qué ves?

—Francamente, sólo veo un hermoso hombre viril dispuesto a gozar sexualmente hasta la muerte.

De nuevo se oyeron risas. Kurt frunció el ceño, y dirigió de pronto su mirada a Brigitte.

—Señorita Montfort: ¿le agradaría repetir el experimento de Manfred?

—¿Quiere decir contemplarme al espejo? —inquirió Brigitte.

—En efecto.

—Es algo que hago y diario…, y me temo que mi reacción va a ser la misma que la de Manfred.

—De acuerdo, de acuerdo, se presta a esta clase de bromas simpáticas —admitió Hulm—, pero yo estoy hablando en serio. El ejercicio de hoy va a consistir en que todos y cada uno de vosotros dedicará todo el tiempo de la clase a contemplarse en el espejo, y luego conversaremos sobre ello. Y para que comprendáis que no es ninguna tontería, la señorita Montfort nos explicará en primer lugar sus previas experiencias… Por favor, señorita Montfort: ¿sería tan amable de contemplarse en el espejo y decirme qué ve?

Brigitte asintió, colocó el espejo alzado frente a ella, y se dedicó a contemplarse largamente, con detalle y en profundidad. Era curioso, pero muy pronto comenzó a encontrar en su rostro pequeños detalles que le parecieron inéditos, formas dignas de estudio, peculiaridades de su cutis… Pese a todo esto, lo que más miraba constantemente era sus ojos, que le iban pareciendo más y más azules e inmensamente grandes…

Y comenzó a ver algo nuevo. Algo que la sorprendió. Aunque en realidad no fue algo que vio, sino algo que sintió, de repente. Se irguió vivamente mirando a Kurt Hulm, y éste alzó las manos y murmuró:

—Por favor, no lo diga. No diga nada. Permítame que sea yo quien le diga que es usted la persona que más fácilmente ha encontrado en el espejo una de las muchas respuestas que de él podemos obtener. Si lo desea, siga buscando respuestas, pero no diga nada ahora. Los demás, procedan a buscar esas respuestas.

—Pero respuestas… ¿a qué preguntas? —inquirió una muchacha.

—Ésa es la cuestión —susurró Kurt Hulm—: que la

contemplación de nosotros mismos provoca interesantes preguntas… y facilita las respuestas. Por favor, concéntrense todos en su propia contemplación.

Brigitte dejó de mirar a Hulm, y regresó su azul mirada al espejo.

… SIN PECADO CONCEBIDA

A través de los cristales de la ventana vio llegar el taxi, del cual se apearon dos monjas. Seguía lloviendo en aquella lúgubre noche, que sumía la pequeña localidad de Vitry-aux-Loges como en un pantano de cieno negro, como en un pozo de eterna oscuridad rasgada por los hilos brillantes de la lluvia.

Las monjas corrieron con graciosa agilidad hacia la entrada del hotel, mientras el taxista bajaba de su vehículo, sacaba un par de maletas del maletero, y corría también hacia la puerta. Durante un par de minutos pareció que todo fuese a quedar así eternamente, pero por fin el taxista reapareció, se metió a toda prisa en su coche, saludó con un gesto, y partió.

Abajo, la explanada quedó de nuevo desierta, a merced de la lluvia incesante, monótona, interminable. En la fachada del pequeño hotel, cuyo nombre, era «Lunette», había un pequeño rótulo luminoso de color verdoso que emitía destellos intermitentes, pero no de un modo deliberado, sino debido a alguna pequeña avería en la instalación.

La mujer alta, pelirroja, recia, que tenía las gafas de gruesos cristales de miope en la mano, dejó de mirar hacia el exterior, y se volvió hacia el centro de la habitación en la cual yacían muertos, asesinados, los dos curas. Era como si nunca hubiera ocurrido nada, como si el tiempo hubiera dejado de latir, de correr, de consumirse. Seguramente los cadáveres debían de conservar todavía algo de calor.

Pero ya se enfriarían. Para siempre.

La asesina pelirroja fue a sentarse en un sillón, empuñó la pistola silenciosa, y cerró los ojos. Cuando los abrió, tres minutos más tarde, podía ver mucho mejor que antes en la oscuridad de la habitación. Fue a abrir la puerta, la dejó ajustada, y regresó al sillón, siempre pistola en mano. Parecía que estuviese pasando

mucho tiempo, pero ella sabía que no era así, que el tiempo transcurría normalmente, sólo que la quietud, el silencio, la paz de aquel lugar parecía estirarlo, prolongarlo.

No hacía ni siquiera diez minutos que las dos monjas habían llegado en el taxi al hotel Lunette de Vitry-aux-Loges cuando sonó la llamada a la puerta de la habitación de los dos curas. La pelirroja no contestó. Ni siquiera se movió.

La llamada se repitió, y acto seguido la puerta fue empujada, dejando ver una ancha raya de luz procedente del pasillo. Se oyó una risita femenina, y, recortadas en la luz del pasillo, se distinguieron perfectamente las siluetas de las dos monjas, que entraron rápidamente en la habitación y cerraron la puerta.

Se quedaron ante ésta, emitiendo risitas maliciosas, y una de ellas dijo de pronto.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —dijo la pelirroja.

Alzó la pistola y disparó dos veces, plop, plop, metiendo una bala, sin problema alguno, en cada corazón monjil.

Una de las monjas ni siquiera suspiró; simplemente, cayó en redondo al suelo, yendo a quedar, cara al techo, muy cerca de los pies de la pelirroja sentada en el sillón. La otra monja retrocedió violentamente de espaldas, emitiendo un quejido hondo y desgarrado, chocó de espaldas contra la puerta, y rebotó para caer de bruces, quedando inmóvil.

Afuera, el rótulo luminoso verde seguía poniendo sincopadas pinceladas en la lluvia incesante, que parecía adherirse a los cristales de la ventana.

La pelirroja se puso en pie, fue a cerrar la puerta con llave, y regresó al sillón. Parecía que el mundo estuviera sumergido en la plena noche tardía, parecía que fuese la hora más avanzada del mundo, pero cuando la pelirroja miró su relojito de pulsera de esfera luminosa vio que eran solamente las siete y cuarenta y nueve minutos de la noche. En muchos lugares del mundo a aquella hora no solamente era de día, sino que hacía calor, y la gente podía bañarse en tibias aguas transparentes.

En cambio, allí, parecía que todo, la vida y el mundo, estuviese llegando a su término. Era tal la quietud que la pelirroja se dio cuenta de pronto de que si se relajaba iba a quedar dormida.

Decidió que el mejor modo de mantenerse despierta era pensar. Recordar.

Finalmente, Kurt Hulm decidió dar por terminado el experimento, y pidió a todos los alumnos de aquella primera clase que dejaran de contemplarse a sí mismos en el espejo.

—¿Y bien? —inquirió—. ¿Alguien ha obtenido alguna respuesta?

—Bueno —dijo una de las alumnas—, yo me he estado preguntando lo mismo de ayer, es decir, qué es lo que más anhela el ser humano y cómo se le puede proporcionar, pero… no he obtenido respuesta alguna.

—Eso, querida Ingeborg, es sencillamente porque la pregunta no era adecuada para este experimento. Y a pregunta inadecuada no debemos sorprendernos de obtener el silencio por respuesta. ¿Carlos?

El apuesto atleta al que iba dirigida la pregunta movió negativamente la cabeza.

—¿Sinclair? —desvió la mirada Hulm hacia otro joven.

—Lo siento, no he obtenido ninguna clase de resultado que yo haya podido detectar.

—Bien. ¿Alguien ha obtenido una respuesta?

—Yo —dijo Brigitte.

—¿Qué respuesta a qué pregunta? —se interesó Hulm.

—Bueno, en realidad no estaba preguntando nada de modo concreto, sino que de repente tuve la sensación de que deseaba saber dónde podía encontrar energía y conocimientos suficientes para que mi vida se desarrollara siempre por cauces provechosos y felices.

—¿Y obtuvo respuesta?

—Así es.

—¿Podemos conocerla los aquí presentes?

—Desde luego. No sería justo que me permitiesen acceder a sus clases y yo les negase mi posible aportación. La respuesta que obtuve fue que todo cuanto pudiera buscar y necesitar lo encontraría siempre en mí misma.

Hubo unos segundos de silencio, mientras todos, incluido Hulm, contemplaban con gran interés a la espía internacional. Por fin, el alemán preguntó:

—¿La ha sorprendido a usted esa respuesta, señorita Montfort?

—La verdad es que no. Para serle sincera ésa ha sido mi norma de vida siempre; digamos que intuía profundamente que ése es el modo en que se ha de vivir. Pero nunca había aparecido la pregunta o el deseo de saber en mi mente, y nunca había buscado respuesta alguna. Sin embargo, contemplando mis ojos en el espejo se ha producido, casi simultáneamente, la pregunta y la respuesta. No sé si he conseguido explicarme.

—Lo ha conseguido plenamente. Y quiero decirle algo: solamente las personas altamente evolucionadas consiguen preguntas y respuestas. Es por eso que hoy he iniciado esta clase del espejo, que se irá sucediendo hasta que todos los aquí presentes alcancen el nivel de la señorita Montfort.

—¿Y cuánto puede tardar eso? —preguntó una muchacha.

—Un segundo. O un siglo. O puede que no se consiga nunca, Elaine. No es una cuestión de tiempo o de manipulación de objetos o instrumentos, sino de desarrollo interior, y eso es imprevisible. Uno puede estar sumido en la total ignorancia de la vida, y, de pronto, alcanzar la revelación. Otros tardan mucho tiempo, otros nunca la consiguen. Pero hay que intentarlo. ¿De acuerdo?

—¿Podría retirarme? —pidió Brigitte—. Si sólo se trata de repetir el experimento…

—Nos veremos al mediodía —sonrió Hulm—. Gradas por su colaboración.

Brigitte abandonó la clase. Se encontró sola en el pasillo, y tras cerrar la puerta estuvo unos pocos segundos sin oír nada. Luego comenzó a oír el rumor de voces, que localizó rápidamente: procedían de detrás de las puertas de las otras aulas, cerradas. Tuvo la intuición de que Otto y Angela continuaban sin aparecer, y que los alumnos esperaban en las aulas, conversando.

La idea de Brigitte había sido localizar el despacho o la habitación donde estuviera instalado el centro directivo de «Les Oiseaux», pero ciertamente no podía hacer esto si Angela y Otto estaban por arriba. De modo que decidió echar un vistazo al resto del semisótano, y se encaminó hacia el fondo, donde estaba la bodega, dejada a su temperatura natural del lugar, no poco fría. A la derecha uno de los ventanales que casi tocaban el techo y que vistos desde el exterior se veían al nivel de la base de los muros,

permitía la entrada de una luz lechosa que seguía presagiando lluvia.

¿Había algo especial en aquella bodega?

Guiada por su experiencia la espía comenzó a recorrer lentamente el lugar. Había enormes pupitres repletos de botellas de vino y de champán, y por un momento Brigitte tuvo la tentación de abrir una de las botellas, pero desistió. La habrían considerado demasiado extravagante…

No parecía que hubiera nada especial allí abajo. Cosa que no la sorprendió demasiado, pues no todas las bodegas iban a tener gato encerrado, ni ella iba a acertar siempre.

Lo mejor era ir arriba y buscar la oportunidad de meter las naricitas en alguna otra parte que sí pudiera contener indicios interesantes. Y justo en el momento en que se disponía a dirigirse hacia la salida de la bodega oyó la bien timbrada voz de Angela, distante y amortiguada. De modo que ella y Otto ya bajaban a las clases, por fin habían terminado lo que fuese que habían estado haciendo…

La aparición de Otto y Angela en la bodega casi la pilló de sorpresa. Sólo en el último instante, escuchando sus voces, comprendió que precisamente iban a entrar en la bodega y se escondió velozmente detrás de una de les grandes estanterías repletas de botellas.

—… el camión —decía Angela—. No puede haber ningún problema.

—Veremos lo que dice Laforet —pareció zanjar la cuestión Otto.

A medida que la gigantesca negra y el alemán se iban desplazando por el interior de la bodega Brigitte iba haciendo lo mismo, de modo que siempre permanecía oculta tras la estantería. Finalmente, ellos se detuvieron al fondo, y Otto agarró un soporte de una de las estanterías adosadas a la pared y tiró de él.

La señorita Montfort no se sorprendió lo más mínimo cuando parte de la estantería se abrió, como una puerta, con botellas incluidas. Apareció el principio de un pasadizo, y una gélida corriente de aire penetró en la bodega, estremeciendo a la espía.

Contra lo que ésta esperaba, Otto y Angela no se adentraron por el pasadizo, sino que un hombre apareció por éste y accedió a la bodega, cuya camuflada puerta cerró de nuevo Otto. El recién

llegado era un negro gigantesco, por lo menos seis o siete centímetros más alto que Angela. Llevaba el pelo cortísimo y ensortijado como si fuese de muelles diminutos. Vestía ropas corrientes y utilizaba un grueso sobretodo impermeabilizado para protegerse de la lluvia. Era un sujeto de facciones atractivas, pero con una expresión de dureza que alcanzaba la crueldad.

Las esperanzas de Brigitte de enterarse de algo quedaron pronto frustradas, cuando el negro recién llegado y Angela comenzaron a hablar en un idioma o dialecto, sin duda alguna africano, del cual la espía no tenía la menor noción. Otto tampoco parecía entender nada, pero por breves comentarios que le hacía Angela de cuando en cuando estaba claro que estaba al corriente de los términos básicos de la conversación.

En cuanto a Brigitte, de todo cuanto hablaron Angela y Laforet (pues sin duda éste era el nombre del negro) solamente llegó a diferenciar, y no demasiado claramente, su nombre (es decir, que los dos negros hablaron de ella), y el de un lugar llamado Vitry-aux-Loges, si no había entendido mal.

Y antes de que pudiera obtener más información o tomar cualquier iniciativa, simplemente el gigante negro llamado Laforet se marchó de la bodega por el mismo lugar utilizado para entrar en ésta, desapareciendo en la oscuridad del pasadizo. Angela y Otto se dirigieron hacia la puerta de la bodega que comunicaba con el castillo.

—Será mejor que ahora atendamos las clases —dijo Otto—. Luego comentaremos con Kurt la decisión tomada con Laforet.

—De acuerdo. ¿Ella está con Kurt?

—Sí. Ya convinimos que la tendría ocupada en su primera clase…

Seguían hablando de ella, de Brigitte. Pero desaparecieron pasillo adelante, y la espía quedó de nuevo sola y como sumergida en el silencio.

Disponía de diversas alternativas: echar un vistazo al pasadizo, subir a registrar el despacho o cualquier habitación que sirviera de base-control a las actividades de la mansión, entrar en una clase de Angela o de Otto simulando que salía entonces de la de Kurt Hulm…

Optó por buscar el despacho, pues le pareció que sería lo más

difícil de conseguir en circunstancias normales.

Abandonó la bodega, recorrió rápidamente el pasillo, y apareció en la pequeña sala de la cual arrancaba la escalera que unía el semisótano con el pasillo que desde el amplio vestíbulo de la mansión llevaba al fondo de ésta, donde se hallaban la cocina y dependencias de servicio y servidumbre a las que también se podía llegar por la parte de atrás de la mansión, es decir, las que daban a la zona boscosa.

No vio a nadie por allí, y tan sólo un minuto más tarde, guiada por la lógica, había localizado el despacho, a la derecha del vestíbulo, tras una sólida puerta de madera que, afortunadamente, no estaba cerrada con llave.

Capítulo V

El mobiliario del despacho era antiguo, recargado, con una remota sensación de confort que acentuaba la chimenea ubicada a la derecha de la entrada. Frente a la chimenea y la puerta estaba la enorme mesa. Detrás de ésta, unos pesados cortinajes ocultando una ventanal alto y amplio. Había una librería abarrotada de viejos volúmenes, densos, encuadernados en piel. Sillones, alfombras, cuadros. Todo limpio, pero dando la sensación de viejo y polvoriento…, excepto el fichero metálico colocado a la izquierda de la gran mesa de despacho.

Brigitte cerró la puerta tras ella, y de nuevo percibió aquel silencio denso, espeso, lúgubre, incluso siniestro. Seguía pensando en el negro llamado Laforet. Tal vez sus compañeros de la CIA lo hubieran visto por allí, pero cabía suponer que Laforet habría tomado sus precauciones antes de adentrarse en el pasadizo que le llevaría a la mansión. Y ella, ciertamente, no podía utilizar la radio, pues su desconocido comunicante se enteraría enseguida, y la oiría dando instrucciones a los Simones…

Era mejor esperar un poco más.

El fichero.

Se acercó a él, y se dio cuenta en el acto de que estaba cerrado con llave múltiple. Es decir, que con una sola llave que actuaba en la pequeña cerradura de la parte superior, se cerraban todos los cajones y gavetas. Examinó la pequeña cerradura, sonrió irónicamente, y buscó en la mesa escritorio hasta encontrar un clip sujetapapeles, uno de cuyos extremos desdobló. Introdujo el delgado alambre así conseguido en la ranura de la cerradura, probó durante un par de minutos, retiró el alambre, y le torció un poco la punta, utilizando sus blancos dientes.

Veinte segundos más tarde la cerradura del fichero había sido fácilmente vencida por la agente Baby.

Y sólo diez segundos después la espía tenía en sus manos la carpeta en la que constaban todos los datos sobre Renzo Capavaro, el ex futbolista amigo del agente de la CIA Desmond Ambler. Había en total no menos de doscientas carpetas suspendidas de sus barras-guías dentro de las gavetas, y Brigitte localizó fácilmente las de algunos de los alumnos con los que había estado departiendo la noche anterior y esa misma mañana.

Pero dedicó su atención especial a la de Renzo Capavaro, y frunció hoscamente al ceño al encontrar la anotación que aseguraba que, en efecto, el bello atleta futbolista era homosexual. Sin poderlo evitar, Brigitte recordó los viajes de Desmond Ambler a Milán, su aceptación inmediata de una cita con Capavaro, y tuvo que admitir que también el asesinado agente de la CIA había sido homosexual, posiblemente amante ocasional de Capavaro durante sus estancias en Milán y quién sabe en cuántos otros sitios más y cuántas veces…

Pero muy bien, ¿y qué? Si Renzo Capavaro y Desmond Ambler habían tenido relaciones homosexuales… ¿a quién le importaba? No a ella, ciertamente. Lo que a ella seguía importándole era, de modo especial, aquella parte de la conversación entre Simón II y Ambler cuando éste se hallaba moribundo y mencionó «millones de víctimas».

Como fuese, ya no tenía la menor duda de que Renzo Capavaro había partido de «Les Oiseaux», efectivamente, y por tanto ella estaba sobre la buena pista…, es decir, sobre la pista que Capavaro había querido proporcionarle a Desmond Ambler…

El finísimo oído de la espía fue causa de que los acontecimientos se precipitaran a partir de aquel instante. Brigitte oyó un suave «clic» de mecanismo en alguna parte, y se volvió vivamente, alzando la cabeza. Seguía sola en el despacho, pero ella sabía que había oído un «clic» característico de mecanismos metálicos, así que buscó a su alrededor.

Y lo encontró. Por encima de la cortina que ocultaba el amplio ventanal, y entre dos pliegues, vio el negro ojo que sin duda alguna la estaba observando. Agarró el atizador de la chimenea, se acercó a la cortina, y la apartó…, dejando perfectamente visible la pequeña cámara de televisión que justamente en aquel momento volvía a girar sobre su soporte engranado para enfocar otro ángulo del despacho.

O la estaban viendo en directo o la estaban filmando y no tardarían mucho en saber que la invitada a «Les Oiseaux» había estado llevando a cabo la tremenda descortesía de registrar el despacho de sus anfitriones. Ya no cabían disimulos.

Rápidamente, Brigitte fue hacia la puerta del despacho, la abrió, y se asomó cautelosamente…, en vano, porque allá, frente a la puerta, estaba el imperturbable Roger contemplándola fríamente. A cada lado de Roger había un hombre joven, fuerte, de sonriente mirada que puso los pelos de punta a la espía más peligrosa del mundo.

—Se ha complicado usted la vida, *Mademoiselle* —susurró Roger.

Brigitte no contestó.

Roger hizo un gesto, y los dos bellos atletas dieron un paso hacia Brigitte, que estaba reflexionando rápidamente. Si sacaba su pistolita del escondrijo habitual, tendría que matar a tres hombres antes de que ellos tuvieran tiempo de reaccionar, cosa no demasiado fácil. Si, en cambio, les atacaba sin armas ellos confiarían en que podrían reducirla sin excesivo riesgo, y no recurrían a sus armas. Se había encontrado cientos de adversarios así de tontos, y una vez más la agente Baby sacó partido de su superior inteligencia y estrategia.

Lo primero que hizo fue un gesto que sugería que iba a regresar al interior del despacho, posiblemente para encerrarse allí y proceder acto seguido a intentar escapar por la ventana. Pero lo que en realidad hizo fue iniciar la vuelta, volverse de nuevo hacia los tres hombres, y descargar sobre la cabeza del más cercano un tremendo golpe con el atizador del fuego. La cabeza del atleta resonó blandamente, como si fuese un melón, y el hombre, sin un gemido, con los ojos en blanco, se desplomó muerto al instante.

La siguiente acción de la espía fue un tremendo puntapié que acertó al sobresaltado Roger justo entre las ingles, produciéndole tal dolor que el mayordomo soltó un impresionante berrido, saltó, y cayó de rodillas y enseguida de cara.

El otro atleta saltó sobre Brigitte, le sujetó la mano derecha con su izquierda, y con la derecha agarró a la espía por el cuello, rodeándolo completamente con sus largos y fuertes dedos.

—Estate quieta o te parto el cuello —amenazó.

Sacudió el brazo de Brigitte, y el atizador cayó al suelo. El

hombre soltó un gruñido, y con la mano izquierda, tras soltar a Brigitte de su presa en el cuello, le aplicó un tremendo bofetón que dio con la espía sentada en el suelo.

—Esto que has hecho te va a costar… —empezó el hombre.

Vio las piernas de Brigitte, sus espléndidos muslos, y vio la mano derecha de la espía arrancando del muslo izquierdo aquel pequeño objeto sujeto allí con una tira de esparadrapo. Cuando comprendió lo que era, el hombre respingó, abrió los ojos, y llevó la mano a la cintura de su pantalón, en busca de la pistola.

Brigitte estiró el brazo y disparó.

Plof.

El hombre recibió la bala en el centro de la frente, pareció tropezar con algo, osciló, dejó colgando los brazos, y se derrumbó hacia delante. Un par de metros más allá, en el suelo, Roger se había dado cuenta de la situación, y sus desorbitados ojos se fijaron en Brigitte, que se colocó de rodillas, apuntó hacia el fondo del pasillo que conducía a la zona de servicio, y cuando otro hombre apareció por allí, corriendo, empuñando una pistola, disparó de nuevo. El hombre gritó, dio una vuelta de campana, y se deslizó por el piso, en trágica demostración de patinaje.

Y una vez más la siempre sorprendente iniciativa de la espía salvó su vida: en lugar de echar a correr hada la puerta de la mansión o encerrarse en el despacho, se puso en pie de un salto y echó a correr hacia la zona de servicios, saltando por encima del hombre recién derribado con una seguridad y agilidad que todavía mantuvieron paralizado a Roger un par de segundos más. Cuando por fin reaccionó comenzó a vociferar:

—¡Ella va hacia…!

Brigitte se volvió, efectuando una encantadora pirueta, un giro completo durante el cual disparó contra Roger, terminó de girar, y continuó corriendo hacia el fondo…, dejando a Roger muerto de un balazo entre las cejas y todavía atónito por la movilidad y eficacia de la invitada a «Les Oiseaux», que continuó corriendo hacia el fondo, en busca de la cocina, donde el personal sería mucho más fácil de manejar, sin duda gente poco acostumbrada a la lucha.

Pareció que una vez más la buena suerte de la espía se ponía en evidencia, pues cuando estaba a menos de cinco metros de la gran puerta de la cocina, ésta se abrió, y apareció un hombre que, al ver

a Brigitte corriendo hacia él a aquella sorprendente velocidad y pistola en mano lanzó un grito y se apartó. Brigitte entró en la cocina como disparada por un cañón, y el hombre que estaba detrás de la puerta empujó ésta al encuentro de la espía.

El choque fue fortísimo, tremendo, escalofriante. Brigitte tuvo la sensación de que se partían todos sus huesos y dentro de su cabeza explotaba un petardo horroroso. Tuvo la dolorosísima sensación del rebote, supo vagamente que caía de espaldas…, y se hundió en la más tenebrosa oscuridad.

* * *

—De manera que sigue con vida —oyó la voz, como un lejano eco de resonancias siniestras—… Es usted una mujer sorprendente, señorita Montfort. Y muy peligrosa. ¿De verdad sólo ha hecho pequeñas cosillas para la CIA?

A medida que iba sonando la voz las tinieblas que parecían envolver la cabeza de Brigitte se iban disolviendo, como humo al viento. De pronto pudo ver con toda claridad a la enorme Angela, plantada de pie junto a ella. A un lado y al otro de Angela estaban Kurt y Otto, mirándola con hostil fijeza.

Brigitte aspiró hondo, despacio, mientras sus ojos giraban con la precaución de la experiencia. Sabía que después de recibir tan tremendo choque incluso los ojos podían doler sólo con moverlos en las órbitas. Por fortuna no sucedió así. Estaba tendida en una cama, completamente desnuda, y amarrada en forma de X a los barrotes. No era una situación nueva para ella.

—Es usted abrumadoramente hermosa —susurró Angela.

Brigitte la miró de nuevo, y no se molestó en contestar. Comenzaba a percibir dolor en distintos puntos de su cuerpo; puntos que eran sin duda los que habían padecido más directamente las consecuencias del choque contra la gruesa puerta de la cocina. La espía no pudo evitar una sonrisa que contenía no poco sarcasmo: la agente Baby vencida por la puerta de una cocina. Chocante.

—¿Sucede algo que le haga gracia? —inquirió no poco sorprendida la hermosa Angela.

Tampoco esta vez contestó Brigitte, limitándose a mirar las

cuerdas que la sujetaban a la cama. La habían atado bien, pero si le daban tiempo podía proporcionarles una sorpresa. Por fortuna, aquella gente no sabía con quién se las estaba viendo realmente…

—Una persona tan extraordinaria como usted —dijo ahora Angela— bien podría ser la agente Baby. ¿Le parece razonable mi suposición, señorita Montfort?

No hubo ni siquiera una levísima crispación en el rostro de la espía internacional. Sus azules ojos se posaron inexpresivamente en los de Angela, y eso fue todo.

—Sí —dijo la negra—, estoy segura de que usted es la agente Baby. ¿Y sabe por qué estoy segura?: porque me lo ha dicho Renzo Capavaro. Ya sabe a quién me refiero, ¿verdad? Al homosexual amigo de otro homosexual, éste agente de la CIA, y llamado Desmond Ambler. Lamentablemente, el señor Ambler falleció, pero no así Renzo Capavaro. ¿Le gustaría ver a Renzo Capavaro?

—Sí.

—No —rió Angela—, me parece que no le gustaría…, pero yo considero conveniente que lo vea, a fin de que… se mentalice respecto a las cosas que pueden ocurrirle a usted. Mucha gente cree que los homosexuales son algo así como cobardes mujercitas, y nada más lejos de la realidad. La mayoría de ellos son de lo más normal en los demás aspectos de su vida, incluso son valientes en grado poco corriente. Por ejemplo, tenemos el caso de Desmond Ambler, agente de la CIA. Y el del propio Capavaro, otro valiente. Tan valiente que, después de que lo capturamos tras su entrevista con Ambler, se negó a decimos la verdad de su extraño comportamiento. Pretendió convencernos de que su entrevista con Ambler había sido puramente de índole… personal, amorosa, ¿comprende? Pero nosotros ya estábamos vigilando a Capavaro y no nos lo creímos. Sobre todo, después de saber que su amigo era de la CIA. ¿Y sabe qué nos dijo finalmente Renzo Capavaro?

—¿Qué les dijo? —murmuró Brigitte.

—Que él se había asustado ante nuestros proyectos, que una cosa era realizar estudios y acumular recursos para convertirse en un ser superior y otra cosa era convertirse en un criminal manipulador de la carne de cañón… De modo que cuando alcanzó a comprender la realidad de nuestros proyectos y estudios, se… asustó, o digamos mejor que su conciencia no pudo resistirlo. Así

que aprovechó una oportunidad para salir de «Les Oiseaux», y fue al parador «Les quatre routes». Nos enteramos de eso, le interpelamos, y dijo que solamente había ido a tomar un trago y estirar las piernas, pero nosotros supimos que había llamado por teléfono. ¿Adivina usted a quién?

—A Desmond Ambler, citándolo allí para otra ocasión.

—Es usted sumamente perceptiva. Como comprenderá, para esa ocasión teníamos muy bien vigilado a Capavaro, así que en cuanto estuvo con Ambler fuimos a por ellos. Los queríamos vivos, pero Ambler resultó… poco razonable, y para detenerlo tuvimos que dispararle. Renzo Capavaro optó por entregarse.

—De modo que fueron ustedes quienes mataron a Desmond Ambler.

—Me cupo ese honor —sonrió Angela—. Luego nos trajimos aquí a Renzo para que nos dijera qué le había explicado a Desmond Ambler. Renzo dijo que se lo había explicado todo, y que Ambler había dicho que para una cosa así lo mejor sería pasar el informe a la Central para que avisaran a la agente Baby. Por fortuna, no tuvo tiempo de hacerlo.

—Claro que sí —mostró sorpresa Brigitte—. Si Ambler no hubiera pasado el informe a la Central yo no habría venido aquí.

—Usted no está aquí por ese informe, sino para hacer averiguaciones. Se lo diré de otro modo: si usted ya supiera la verdad no habría tenido necesidad ni deseos de hacer todo esto, sino que, simplemente, habría venido aquí acompañada de cien hombres para apoderarse de la mansión y de todos nosotros. Es decir, que aunque Desmond Ambler pudo decir algo por la radio, debió de ser muy poca cosa…

—Lo suficiente para que yo esté aquí y la mansión se halle rodeada de hombres de la CIA.

—Sí —movió la cabeza Angela—…, eso sí es cierto. Pero pronto quedará resuelto ese pequeño contratiempo gracias a usted, que les dirá a sus compañeros, utilizando la radio, que aquí no hay nada inquietante, y que deben levantar el cerco.

—¿Y a cambio de qué voy a hacer yo esa tontería? —sonrió despectivamente Brigitte.

—De su libertad.

—¿Con quién cree que está tratando? No tiene sentido que

primero pretenda obligarme a decirles a mis compañeros que se marchen, y que luego me deje reunirme con ellos, pues les diría la verdad y volveríamos aquí para acabar con todos ustedes.

—Es que usted nunca podrá decirles la verdad aunque la dejemos libre, señorita Montfort. Digamos que, desdichadamente, sufrirá un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—Pues verá usted; esta noche, después de comunicarse con sus compañeros, usted se marchará de aquí en su coche, camino de Méreville. Lamentablemente, está el río… Y ese viejo y simpático puente. Supongo que sabe de qué río y puentecillo le hablo.

—Sí.

—Bien. Pues usted, ¡qué mala suerte!, chocará con el coche contra la barandilla del puente, y caerá al río. Su cadáver jamás será encontrado.

—No diga tonterías. Es un río pequeño, y sería fácil encontrar un cadáver en él, máxime habiendo visto caer el coche… Además, ¿de dónde saca usted que yo chocaré contra la barandilla del puente?

—No será usted quien conduzca su coche, sino una de nuestras bellas y jóvenes especialistas, con sus ropas. Chocará contra el puente, caerá con el coche al río, y cuando sus compañeros de la CIA lleguen al lugar del accidente ella habrá salido del coche y habrá regresado aquí sin problema alguno. Al no encontrarla a usted dentro del coche accidentado, la conclusión será simple: las aguas se la habrán llevado, y ya jamás será hallada. Ya suponemos que la CIA no se conformará fácilmente, pero ahora sabemos con certeza que lo que pudo decirles Ambler no es suficiente para que tomen decisiones contra nosotros. Eso sí, en el futuro iremos con más cuidado, y procuraremos no cruzarnos en el camino de la CIA. En resumen, señorita Montfort, gracias por venir para que quedemos informados de la situación, y nos despedimos de usted hasta la noche, que será cuando llamará a sus compañeros para decirles que todo está bien, que somos gente… honrada y tranquila, y que usted abandona «Les Oiseaux».

—No haré semejante cosa.

—¿Qué se apuesta a que sí? —sonrió Angela—. Es así como volvemos a hablar de Renzo Capavaro y de la conveniencia de que

usted lo vea…, aunque no le va a gustar, se lo aseguro.

Angela salió de la pequeña habitación que Brigitte no sabía en qué parte de la mansión se hallaba ubicada, y Otto y Kurt quedaron solos con la espía, que los miró inquisitivamente.

—No se saldrán con la suya, sea cual sea.

—Si no nos salimos con la nuestra, como usted dice —replicó vivamente Kurt—, no será por causa de usted, sino porque no habremos preparado todavía lo bastante al personal… Pero eso lo sabremos bien pronto.

—¿A qué se refiere?

—Estamos preparando…

—Cállate —gruñó Otto—. ¿No ves que ella te está sonsacando?

—¿Y qué importa? Ella jamás podrá impedir ninguno de nuestros proyectos, Otto.

—De todos modos, cállate.

Kurt Hulm permaneció en silencio, y Brigitte, tras mirar de uno a otro repetidamente, insistió:

—¿Qué es lo que están tramando? ¿Qué es todo eso del nuevo ejército y de los millones de muertos…, qué es todo eso de la carne de cañón?

Kurt no contestó. Por su parte, Otto se acercó más a la espía, alzó el puño derecho, y lo dejó caer con fuerza en el vientre de Brigitte, que se tensó y tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar y dejar mal parado su orgullo. El golpe parecía recorrer sus entrañas como un hierro al rojo, pero permaneció en silencio.

—Es usted de esa clase de gente, ¿eh? —jadeó Otto—. ¡Pues vamos a ver cuánto resiste!

El segundo golpe fue todavía más fuerte que el primero, pero la espía americana permaneció todavía más impasible que antes. Kurt rió, y esto fue perjudicial para Brigitte, pues Otto se enfureció, y la golpeó ahora en el rostro con el puño. El labio inferior de Brigitte se partió, y comenzó a brotar la sangre. Brigitte Baby Montfort ni siquiera parpadeó.

Pero posiblemente la cosa habría terminado muy mal para ella si no hubiera regresado Angela…, acompañada de un monstruo al que sostenían dos de los guapos alumnos de KAO.

—Acercadlo, que lo vea bien —dijo Angela.

Los dos bellos atletas colocaran el monstruo delante de Brigitte,

que lo contemplaba inexpresivamente, pero sintiendo en su interior un espanto, un horror y hasta una irreprimible repugnancia que parecía estrujarle las vísceras. Era evidente que aquella «cosa» era un hombre, pero su aspecto era de monstruo. Le habían recortado los párpados, de modo que no podía cerrar los ojos; tenía la boca y los dientes hechos trizas; los pómulos abiertos a golpes que se habían infectado, y su cabellera había sido arrancada, incluido el cuero cabelludo, en varios sitios. Su torso aparecía lleno de magulladuras y desgarrones, sus manos habían sido machacadas, al parecer a martillazos, y sus piernas colgaban como si fuesen de trapo, sin duda rotas por varios puntos. El solo hecho de que aquella piltrafa humana continuara con vida era un milagro; un milagro que nadie podía desear.

El hombre quiso decir algo, pero de su boca brotaron sonidos que parecían chirridos de viejos hierros oxidados.

—Le está pidiendo que lo mate —dijo Angela—. Se pasa el día rogándonos que le hagamos ese favor. Bueno, señorita Montfort, supongo que lo ha reconocido.

Brigitte volvió el rostro hacia el otro lado de la cama. Angela pasó allí, y la agarró por los cabellos.

—Claro que lo ha reconocido —susurró—. Es el hermoso Renzo Capavaro, homosexual y deportista. O lo que queda de él. ¿Le gustaría que hiciéramos lo mismo con usted, señorita Montfort? ¡¿Le gustaría?! —Dio un fuerte tirón a los cabellos Angela.

—No… No me gustaría —murmuró Brigitte.

—Entonces, ya sabe lo que tiene que hacer esta noche. Es claro que después de la llamada usted morirá, pero créame, la muerte es mucho mejor que otras cosas que podríamos hacerle. Además, creo recordar que usted no morirá nunca, ¿no es así? Mientras la energía del universo esté viva usted estará viva… ¿No es esa su teoría, su… postura vital?

—Sí.

—Entonces… ¿a qué preocuparse? Usted hace la llamada tal y como yo le diré, y luego… simplemente procederemos a transformar su materia. Eso sí: sin causarle desperfectos innecesarios, se lo prometo.

Capítulo VI

Cuando sonó la llamada por la radio Simón-París se quedó contemplando incrédulamente al agente que le acompañaba, sentado a su lado ante el volante del coche. Los dos oían perfectamente el zumbido de llamada, pero no podían creerlo.

—Si llama es que le sucede algo malo —dijo el agente de la CIA.

—Quizá sea uno de los muchachos el que está llamando.

—No creo, señor. Usted ordenó que nadie utilizara esta onda radial mientras Baby estuviera en «Les Oiseaux». De modo que si la radio suena es que ella está llamando. Ninguno de los muchachos haría nada que pudiera perjudicar a Baby.

Simón-París asintió. Le constaba que ésta era una de las pocas cosas de las que podía estar seguro. Sin más, admitió la llamada sacando la radio de su bolsillo interior y apretando el resorte.

—¿Sí? —susurró.

—Simón, soy yo —sonó la voz de Baby, inconfundible—. No me haga preguntas ahora, pues no dispongo de mucho tiempo. Le hablo desde un lavabo… Bien, voy a salir de aquí, pues estamos perdiendo el tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—En esta mansión sólo hay muchachos encantadores que pretenden convertirse en seres superiores estudiando esoterismo y disciplinas mentales digamos poco corrientes, pero nada más. Renzo Capavaro estuvo aquí con ellos, en efecto, pero he sabido que cuando se reunió con Ambler hacía dos días que faltaba de aquí. Se había despedido temporalmente diciendo que tenía que resolver un asunto inesperado en Roma…, y aquí todavía le están esperando.

—Es decir, que hemos equivocado la pista.

—No, no: la pista era buena en el sentido de que Capavaro estuvo en esta mansión, pero la gente que hay aquí no tiene nada que ver con la muerte de Ambler y todo lo demás. Hay una negra

gigantesca y encantadora, y dos alemanes de temperamento filosófico que han montado este tinglado con el fin de ganar dinero, por un lado, y realmente educar gente superior, por otro… Ni siquiera necesito estar aquí otras veinticuatro horas para convencerme de que estoy perdiendo el tiempo, de modo que voy a salir. ¿Dónde están ustedes?

—Cerca del parador «Les quatre routes». Nos pareció un sitio adecuado, pues estamos cerca de usted pero sin dejarnos ver, y podemos comer bien sin necesidad de complicamos la vida.

—Bien pensado. Bueno, se me ha ocurrido una idea que podría orientarnos mejor en este asunto, así que voy a reunirme con ustedes esta misma tarde. ¿Podrían esperarme al anochecer cerca de la mansión?

—Haremos lo que usted mande, naturalmente.

—Gracias. Bueno, espérenme frente a la mansión por la parte de Méreville. Utilicen prismáticos para verme salir con el coche, y luego, simplemente, vaya yo adonde vaya, síganme, pero sin acortar la distancia, sin acercarse a mi coche, ¿está esto claro?

—Desde luego. ¿Qué idea se le ha ocurrido?

La comunicación se cortó bruscamente. Los dos hombres de la CIA cambiaron una mirada, y Simón-París masculló:

—Debe de haber oído a alguien acercándose y ha tenido que cortar…

—Bueno, ya sabemos lo suficiente, de todos modos. Iremos a esperarla, naturalmente.

* * *

Había oscurecido ya cuando Simón V, que estaba mirando con los prismáticos hacia la mansión, vio salir el coche, y susurró:

—Ahí está.

—¿Seguro que es ella?

—Bueno, no puedo verla, pero es el coche que le proporcionamos.

—De acuerdo, permanece aquí hasta que haya cruzado el puente. Luego, sal tras ella, pero manteniendo la distancia. A fin de cuentas ella no va a pretender despistarnos, sino todo lo contrario… ¿Sale algún otro coche?

—No —miró de nuevo hacia la mansión Simón V—... Nada.

En la distancia, las luces del coche supuestamente conducido por Baby emitieron unos breves destellos, y los dos hombres de la CIA sonrieron.

—Ésa es ella, seguro, que nos hace señales —dijo Simón-París.

Simón V asintió, dejó a un lado los prismáticos, que ya no eran necesarios, y se quedó mirando las luces del coche que se alejaba de la mansión y se acercaba al puente. Vieron cómo el coche enfilaba éste, y, de repente, el brusco cambio de dirección del vehículo.

—¡Pero qué hace! —Respingó Simón-París.

El coche arremetió fuertemente contra la barandilla del puente, la dobló, y saltó por encima tras parecer que se iba a quedar allí enganchado. Las luces desaparecieron un instante. Luego, de repente, quedaron apuntando hacia el encapotado cielo, como dos pequeños focos en busca de bombarderos. Simón V puso en marcha el coche, y condujo velozmente hacia el puente, en cuya entrada lo detuvo. Los dos salieron como disparados del coche, y corrieron hacia el punto donde la valla había sido doblada y brotaban las luces hacia el cielo.

Cuando llegaron allí vieron el coche, a unos tres metros, como empotrado de morro en la corriente del río y con dos portezuelas abiertas: la del conductor y la derecha de atrás. Solamente se oía ahora el rumor de las aguas del río, ni muy ancho en aquella parte, ni muy profundo, pero con pequeñas fosas y aceleraciones de corriente.

Los dos espías se descolgaron rápidamente, metiéndose sin titubeo alguno en el agua y acercándose al coche..., dentro del cual no encontraron a la agente Baby. El agua iba entrando en el vehículo. En el asiento derecho vieron el maletín rojo con florecillas azules estampadas, y Simón-París lo cogió.

—Dios —jadeó—... ¡Dios!

* * *

Finalmente, la puerta de la habitación se abrió, y Angela apareció, sonriendo muy satisfecha.

—Bien, ya puedo dedicarle de nuevo un poco de mi atención... ¿Sabe que la CIA no es tan lista como todo el mundo cree? O quizá

sea que nosotros somos más listos, simplemente. ¿No es cierto, queridos?

Otto y Kurt, que habían entrado detrás de la imponente negra, asintieron, con expresión tan complacida como la propia Angela. Ésta se acercó a la cama donde Baby continuaba amarrada de pies y manos, y deslizó una de las suyas, grande y negrísima, por los pechos de la espía americana.

—Qué piel tan deliciosamente suave… Francamente, matarla a usted va a ser todo un desperdicio, señorita Montfort.

—Pues no me maten —dijo fríamente Brigitte.

—La verdad es que estoy pensando en ello —rió Angela—… No tiene sentido destruir una obra de arte… que puede proporcionarnos tanto placer. ¿Qué haría usted con tal de conservar la vida, señorita Montfort?

—Cualquier cosa. Pero me parece que no voy a vivir mucho tiempo, aunque me lo permita usted, a menos que me den algo de comer y beber.

—Tiene razón —volvió a reír la negra—. La hemos tenido muy abandonada durante las últimas cincuenta horas, pero es que la CIA ha estado metiendo las narices por aquí, ¿comprende? Querida, no puede imaginarse la que ha armado usted al caer al río: todo está lleno de hombres de la CIA, y lo están removiendo todo. Da la sensación de que han perdido su más preciado tesoro que quieren recuperar a toda costa.

—¿Ellos han estado aquí? —murmuró Brigitte.

—Por supuesto. Pero ya los esperábamos, y además, su llamada por radio, lo que les dijo, ha sido definitivo. He comprendido que para esos hombres lo que usted dice es sagrado y puesto que usted dijo que aquí no había nada relacionado con Ambler, ellos así lo han acatado. Nos han hecho algunas preguntas acerca de su permanencia de veinticuatro horas aquí, si se encontraba bien cuando se marchó… Cientos de preguntas. Pero todas en esa línea. Ahora ya se han ido definitivamente de la mansión…, pero siguen buscándola a usted. Ah, y han hecho venir unos expertos que han… analizado el accidente del puente y el coche, que todavía sigue allí. Es claro que no han encontrado ningún sabotaje en el coche, de modo que ya han llegado a la conclusión de que, simplemente, usted tuvo un fallo de conducción, una de esas cosas que pueden

pasar, y cayó al río. Punto final.

—¿Podría comer algo? —insistió Brigitte.

—Me parece que no le interesa mucho lo que le explico —se sorprendió Angela—… ¡A fin de cuentas estamos hablando de su muerte, y de lo mucho que evidentemente la quieren muchos hombres!

—Todavía falta uno —murmuró la espía.

—¿Sí? ¿Quién?

Por un instante, Brigitte estuvo a punto de permitirse la satisfacción de decirles que el hombre que faltaba por acudir era Número Uno, y que él no se conformaría con las apariencias, como la CIA estaba haciendo, y que encontraría la verdad y, tanto si ella seguía con vida como si ya habían decidido matarla, arrasaría aquella mansión. A Número Uno no lo engañarían jamás unos pelagatos como ellos. Número Uno jamás aceptaría su muerte, ni las engañosas apariencias, a menos que viese su cadáver. Y aun así, él seguiría adelante, como había hecho en aquella otra ocasión, ya tan lejana, en que la recuperó para la vida después de que todos la dieran por muerta y la enterraran con música…[3]

—¿Quién? —insistió Angela, mirándola fijamente.

—Es un viejo amigo del servicio secreto francés, del SDECE. Cuando se entere de que he muerto en…

—¿Del SDECE? Un francés, ¿eh? Pues sepa que también hay gente del SDECE buscándola. Se diría que la CIA y el SDECE han llegado a un acuerdo para buscarla. Hay un hombre menudo, un narizotas de ojos pequeños, que ha hecho mil preguntas mientras lo miraba todo como si lo estuviese fotografiando… ¿Lo conoce?

—No —mintió Brigitte, que sabía que Angela estaba hablando de su viejo amigo *Monsieur* Nez—… No. Pero si el SDECE está por aquí él también ha venido.

—¿Quién es él?

—Un francés del SDECE con el que tengo… relaciones.

—Comprendo —apretó los labios Angela—. Pero todo eso terminó. Sencillamente, usted ya no existe, señorita Montfort.

—O sea, que se niega a darme de comer.

—Claro que no —volvió a acariciarle los pechos Angela—… Me he enamorado de usted, y durante un tiempo comerá y beberá a su gusto, para que siga con vida… para mí.

—Por lo visto, en este lugar el sexo tiene que ser algo… extravagante en todo momento. Y ya que estamos en este tema: ¿qué significan para usted estos dos? Me da la impresión de que los dos la aman, y que usted provoca los celos de uno con el otro. ¿Es así?

—Es usted muy perspicaz —rió Angela—… Sí, Otto y Kurt están muy enamorados de mí, y cada vez que me quedo más rato en la cama con uno de ellos el otro se pone de malhumor.

—Y usted disfruta con ello.

—¿Qué culpa tengo yo si ellos son celosos?

—Claro. Y ahora lo serán más, por mi causa, ya que entiendo que si usted se ha enamorado de mí no se va a limitar a un amor… platónico, contemplativo.

Angela sonrió, se inclinó, y besó suavemente la boca de Brigitte, mientras seguía acariciándole los pechos y el vientre con sus grandes y bellas manos que parecían de terciopelo. Brigitte no se movía, aceptando el beso sin mostrar la menor reacción. Por un lado de la cabeza de Angela veía a Kurt y Otto, que contemplaban la escena, lívidos, inmóviles. Los miopes ojos de Kurt parecían de pez asombrado. Otto comenzó a mostrar un tic nervioso en un lado de la boca…

Angela dejó de besar a Brigitte, y se irguió.

—No me gusta una relación en la que existe falta de entusiasmo por alguna de las partes —susurró la bella negra—… De modo que si quieres seguir viviendo tendrás que mostrarte un poco más acogedora.

—Lo siento —dijo Brigitte—, pero tendré que hacer un poco de esfuerzo para adaptarme a la idea. Nunca he tenido relaciones de esta clase, jamás he sido lesbiana. Sin embargo, haré lo posible por mostrarme complaciente contigo.

Angela asintió, soltó de pronto una carcajada, y se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—Ordenaré que te alimenten adecuadamente. ¿Vamos, queridos?

Otto y Kurt titubearon, pero salieron tras ella. De nuevo quedó sola Brigitte, que, realmente, tenía hambre y sed. Calculaba que eran las diez de la noche, es decir, que habían pasado, en efecto, dos días largos desde que los hombres de la CIA vieran caer al río a

la agente Baby…

Dos días durante los cuales, pese al hambre y sobre todo la sed y el dolor que sentía en varios puntos del cuerpo, Brigitte se había dedicado a intentar soltarse de las ligaduras. Su paciencia era la de la supervivencia, y de este modo había conseguido ir aflojando las ligaduras de la mano derecha, que le dolía tanto que casi la tenía insensible, además de despellejada allí donde en sus tirones la cuerda rozaba con más fuerza. Si le daban un poco más de tiempo terminaría por liberar una mano. Y con una mano libre ella podía conseguir mucho más de lo imaginable.

Ni siquiera había pasado media hora desde la última visita de KAO cuando la puerta volvió a abrirse, y entró una pareja de hermosos jóvenes, que portaban sendas bandejas.

—¿Qué tal? —saludó jovialmente la muchacha—. ¿Cómo va eso, señorita Montfort?

—Regular, nada más Gladys, querida. ¿Qué tal vosotros?

—Muy ocupados estos días con lo de la CIA y el servicio de contraespionaje francés. Pero ya pasó. Le traemos comida y bebida, y tenemos órdenes de ayudarla a comer y beber, pero no soltarla por nada del mundo… Usted tiene fama de peligrosa en esta casa, señorita Montfort.

—Calumnias —sonrió la espía—… Soy más bien inofensiva.

—Ya, ya. Bueno, si levanta la cabeza un poco más podremos alimentarla… Eso es. Caramba, es usted muy bonita, de veras.

—Gracias, Sinclair. Decidme una cosa: ¿dónde estoy? Quiero decir: ¿en qué parte de la casa está esta habitación? ¿En el pasadizo?

—¿Qué pasadizo? —exclamó Gladys.

La miraban los dos con auténtico y sincero interés. Brigitte sonrió como quien ha gastado una broma.

—El que hay en el sótano —dijo—. Oh, bueno, ya veo que no os lo creéis, vamos a dejarlo. De verdad: ¿dónde estoy?

—En la jaula —rió Gladys.

Brigitte miró una vez más a su alrededor. ¿Jaula? Ni siquiera se veía una ventana, ni el menor respiradero, nada. Era como estar dentro de una caja hermética, con la puerta como única entrada. Pero no, no debía de estar en el pasadizo, porque no notaba humedad. En cambio, había tal silencio que bien podía ser que

estuviese en el pasadizo…

—Me parece que ella no sabe lo que es la jaula —dijo Sinclair.

—No, no lo sé —admitió Brigitte—. ¿Qué es?

—Vamos a ver: ¿cómo se llama este lugar?

—Les Oiseaux —murmuró la espía.

—Exacto. Los pájaros. Y los pájaros han de tener una jaula, ¿no le parece? Hay muchos pájaros por aquí, debido a los campos, al bosque… ¿Dónde pondría usted una jaula para los pájaros?

—Pero esto no es una jaula, es una habitación —objetó Brigitte.

—Cierto. Sin embargo, antes fue una jaula, una… pajarera. Es una habitación construida en lo alto de la mansión, en el vértice más alto del tejado, y hace tiempo se acogía en ella, por dos ventanas pequeñas, a muchos pájaros que huían de las nieves. Hasta que finalmente, uno de los propietarios que se han ido sucediendo decidió tapiar esas dos ventanas para siempre, pues estaba más que harto de tantos y tantos pájaros. Así fue como quedó esta habitación alta, aislada de todo, y cuya existencia ni siquiera la mismísima CIA, que ha estado en todas partes, ha podido sospechar.

—Por eso siguen viniendo tantos pájaros a la casa —murmuró Baby Montfort—… Seguramente no son los que venían cuando la jaula era accesible, sino sus descendientes, pero la memoria ancestral los impulsa a venir a esta casa en busca de algo que quizás ignoran.

—Es muy posible que haya dado usted en el clavo —asintió Sinclair.

—Dime una cosa: ¿qué clase de ejército sois vosotros?

Los dos jóvenes se quedaron mirando a Brigitte. De pronto, Gladys rió divertida.

—Somos soldados invencibles de un ejército invencible… Por cierto, que usted, en este ejército sin duda sería distinguida con el grado de general.

—Ya. ¿Y qué grado tenéis vosotros?

—Nosotros somos… cadetes. Estamos aprendiendo. Y cuando sepamos se nos asignará alguna misión importante. Aunque lo más probable es que de momento nos dediquemos a esperar fuera de «Les Oiseaux», como los que ya han aprendido lo necesario.

—¿Quieres decir que fuera de la mansión hay ya hombres y mujeres como vosotros, que ya son… soldados, preparados para…

para qué, Sinclair?

—No sé para qué. Mejor dicho, no sé dónde, pero sí para qué. Hay muchos esperando ya, en efecto. En varios sitios: París, Londres, Niza, El Cairo, Trípoli, Nueva York, Madrid, Buenos Aires, Panamá… Pero sobre todo, en África, porque es allí donde se procederá a las primeras acciones, que resultarán básicas para darnos a conocer y para enriquecernos a todos de modo que el dinero deje de ser un problema.

—¿Y en qué consistirán esas primeras acciones? ¿En guerras?

—Sí, pero unas guerras especiales que…

—¿No deberías callarte? —murmuró Gladys—. Estás hablando demasiado, y precisamente una de las pruebas de ingreso que tuvimos que pasar es la de saber mantener la boca cerrada.

—Tienes razón —masculló Sinclair—… No sé cómo ella ha conseguido hacerme hablar tanto.

—Te he hipnotizado —sonrió Brigitte—. Vamos, Gladys, ¿qué más da lo que yo sepa o deje de saber, si jamás saldré viva de «Les Oiseaux»?

—Escuche, nosotros hemos venido aquí a alimentarla. Si insiste en querer sonsacarnos iremos a explicárselo a Angela, y que ella tome su decisión sobre usted. Se lo advierto: una sola palabra más y pierde usted la comida.

Brigitte miró a los ojos a uno y otro joven, asintió, y se limitó a aceptar la comida que le iban administrando tan amablemente. Cuando terminó pidió que la cubriesen con una manta, pues las dos noches anteriores había pasado mucho frío, y consiguió que la complacieran. Estaba de nuevo sola, como sumergida en un pozo de silencio inaudito, y la comida y el calor comenzaron a hacer su efecto. Se fue relajando, adormilando, y finalmente se quedó dormida, con el pensamiento de que tal vez fuese cierto que la CIA no encontraría aquella jaula ni en mil años…, pero sí la encontraría Número Uno, al cual, por cierto, sin duda había avisado la CIA respecto del accidente sufrido por la agente Baby…

* * *

Estuvo mucho rato de pie en el puente, contemplando el desperfecto de la barandilla, que había sido reparado

provisionalmente a fin de evitar la posible caída de otro coche al río. Llovía intensamente, pero él se mostraba ajeno a esto y a todo. Simplemente, miraba aquellas aguas que parecían ahora erizadas debido a la lluvia. Detrás de él, dentro del coche cuyas amarillentas luces conferían a todo una expresión fantasmagórica, esperaban Simón-París y Simón II y Simón III. Todo era sombrío, inquietante, fantasmal. La espesa lluvia fría impedía ver nada en la distancia. Era como estar envueltos para siempre en lluvia y oscuridad, excepto las luces del coche. Por fin, él regresó al coche, y se sentó atrás, junto a Simón-París.

—¿Por qué no fui avisado antes? —murmuró.

—Bueno, señor, francamente, nadie creía que una cosa así pudiera sucederle a Baby. Estábamos seguros de que ella aparecería. Quiero decir que pensamos que el río la había arrastrado, que se había dado un golpe y que quizá se hallaba herida pero a salvo…

—Pero ahora ya están convencidos de que ha muerto.

—El río ha sido dragado y explorado de todas formas hasta su confluencia con el Sena, y no hemos encontrado nada. En sus orillas, tampoco. Hemos registrado todo palmo a palmo señor, y sólo se nos ocurre una explicación: ella fue arrastrada, malherida o ya muerta, hasta el Sena, en cuya corriente fue arrastrada hasta el mar.

—¿Y esa mansión llamada «Les Oiseaux»? ¿La registraron a fondo?

—Completamente. Incluso nos ha estado ayudando el SDECE, con todos sus efectivos disponibles. Usted conoce sin duda a uno de sus más altos dirigentes, ese amigo de Baby al que ella llama *Monsieur* Nez.

—Claro.

—Él estuvo en esto. Acudió inmediatamente que supo la noticia… Tal vez debimos avisarlo también a usted entonces, pero nuestra intención era buena: esperábamos hallar a Baby, y ahorrarle a usted un mal rato. Lo siento, señor. Todos lo sentimos muchísimo, usted lo sabe.

Número Uno asintió con un gesto, y miró a los dos agentes de la CIA que, sentados en la parte delantera, se habían vuelto para mirarle a él. Miró luego a Simón-París, y, por último, su mirada se perdió en la oscuridad, hacia donde se hallaba la mansión llamada

«Les Oiseaux».

—O sea —susurró—, que ella les dijo que no quería contacto en cuarenta y ocho horas, pese a lo cual, los llamó cuando sólo habían transcurrido veinticuatro desde que fue a la mansión.

—Así es, señor.

—¿Qué han sabido de esos dos alemanes, qué resultados han conseguido con sus investigaciones?

—Según todos los datos recogidos hasta ahora Otto Pfalzer y Kurt Hulm son dos alemanes que últimamente residían en París, en un apartamento de la Rue Rivoli, dedicados a recabar información de alto nivel sobre esoterismo, psicología, parapsicología… Todas esas cosas. Tienen mucho dinero, que les llega con regularidad, creemos que de Suiza, y sencillamente, parecen haberse propuesto dedicar sus vidas al estudio de los poderes físicos y mentales del ser humano, al que consideran un… ente viviente de facultades poco menos que divinas. No hay en toda esa mansión nada que sugiera ejército, carne de cañón, millones de víctimas, ni nada parecido. Digamos que hemos topado con un grupo de excéntricos, pero eso es todo.

—De manera —Número Uno miró de pronto directamente a los ojos a Simón-París— que usted se ha creído todo esto.

—¿A qué se refiere? —se desconcertó Simón-París.

—A lo del accidente. ¿Realmente se lo han creído? Ella sale de la mansión tras llamarlos veinticuatro horas antes de lo convenido, se lanza con el coche contra la barandilla, y desaparece en un río insignificante. Es una muerte estúpida para ella.

—Nosotros la presenciamos —murmuró Simón-París.

—Adiós —dijo Número Uno—, y gracias por todo.

Se dispuso a salir del coche, pero Simón-París lo retuvo por un brazo.

—¿Adónde va, señor? ¡Está lloviendo a mares ahí fuera, y…!

—Regresen a París y olviden este asunto Desalojen la zona definitivamente. Yo me encargo del resto.

—¿Del resto? ¿De qué resto?

—¿De cuál va a ser? Encontrarla a ella.

—Pero señor —casi sollozó uno de los jóvenes espías—, ¡ella está muerta!

—No diga tonterías —replicó Número Uno.

Y abandonó el confortable interior del coche, sometiéndose a la oscuridad, a la lluvia, y al penetrante frío que parecía hecho de tela adhesiva.

Capítulo VII

Gracias a la manta y a la cena se sentía mejor. Y todavía se sintió mejor cuando al mediodía también le dieron de comer.

Pero algo empeoró aquella tarde, cuando tras alimentarla, uno de los jóvenes que le habían llevado la comida se fijó en las cuerdas, más bien por rutina, sin excesivo interés, y se dio cuenta de que, con sólo un par de horas más de labor, la prisionera habría conseguido soltarse completamente de la mano derecha. Sin violencia pero con firmeza, Brigitte fue atada más sólidamente que antes, y no sólo eso, sino que cuando apareció Angela en la pajarera, lo hizo con gesto visiblemente enfadado.

—De manera —se plantó junto al lecho— que querías intentar la fuga, ¿no es cierto? Pues eso no me ha gustado nada, querida.

—¿Qué esperabas? —replicó Brigitte—. ¿Que me quedara quieta esperando que otras personas decidieran sobre mi vida y mi muerte?

—Ya. Te comprendo. Pero habíamos convenido que podíamos… entendernos bien tú y yo, y he estado a punto de perderte por atender otros asuntos. Me han dicho también que estás haciendo muchas preguntas.

—Sí. Pero nadie me las contesta.

—¿No? —Angela sonrió de pronto, y se sentó en el borde del lecho—. ¡Qué antipática es la gente, ¿verdad?!

—Tal vez tú podrías ser simpática —deslizó Brigitte, sonriendo —… A fin de cuentas, según entiendo, pretendes que seamos grandes amigas. Luego, hay otro detalle en el que quizá yo podría intervenir eficazmente: tengo entendido que empezáis a tener dificultades de dinero.

—¿Y tú podrías hacer algo en ese sentido?

—Soy muy rica, Angela. Podría poner en tus manos, en menos de veinticuatro horas, hasta mil millones en efectivo.

—Estás bromeando —sonrió crispadamente Angela—… ¿Pretendes hacerme creer que tienes mil millones de francos?

—¿De francos? Querida, yo hablaba de dólares.

—¿Tú puedes conseguir mil millones de dólares?

—En veinticuatro horas.

La hermosa negra se quedó mirando con intensa fijeza a la espía americana. De pronto sonrió.

—¿Y me darías a mí ese dinero, o una parte de él, si yo fuese… simpática contigo? —inquirió.

—Podríamos llegar a entendemos.

—¿Dónde tienes ese dinero?

—Repartido en los principales bancos de todo el mundo…, y en lugares especiales secretos.

—¿Tienes algo en Francia?

—Poco. Pero en Suiza podría conseguir inmediatamente algo más de cincuenta millones de dólares. Y cuando digo inmediatamente quiero decir inmediatamente: entro en el banco, extiendo un cheque, y salgo de allí con cincuenta millones de dólares. Así de simple. Y como comprenderás, prefiero regalarte ese dinero y ser amiga tuya que pasarlo mal… o morir.

—Es comprensible. ¿Qué te gustaría saber, qué preguntas exactas has estado haciendo?

—Por ejemplo, respecto a ese nuevo ejército que Capavaro le mencionó a Ambler. ¿Qué ejército es, dónde está?

—Tú lo conoces —deslizó Angela—… El ejército son esos hermosos muchachos que están aprendiendo tantas cosas en este cuartel… insólito. ¿Recuerdas que nuestra pregunta clave es referente a los deseos del ser humano?

—Sí… Os preguntáis qué es lo que más anhela el ser humano y cómo se lo podéis proporcionar.

—En realidad ésa es la clave de todo. Se trata de que sepamos el modo de tener contenta a la carne de cañón. Me explicaré… ¿Cuál es el mejor sistema para que la gente se muestre sumisa contigo?

—¿Tenerlos contentos?

—Exactamente. Porque ciertamente, a la gente se la puede someter por el miedo, pero eso ya está muy gastado, y, además, siempre corres el riesgo de que en determinado momento se rebele y te elimine, llevados por su furia, por su odio que han ido

acumulando durante años de sometimiento. En cambio, si los tienes sometidos por el amor, son siempre manejables. Y de eso se trata; de manejarlos. Y para manejarlos, mis soldados están aprendiendo no técnicas de armas, de miedo, de castigos, sino técnicas… de control. Yo estoy formando soldados que sobre todo se han de ganar la confianza y el afecto de la gente, y para conseguir eso hay dos caminos esenciales. Uno, el de ser superior a la masa, saber cómo manipularlos a todos, manejarlos de modo que acaten tus decisiones. Si además de esto, que es lo que estamos aprendiendo aquí, supiéramos algún recurso especial para que la gente estuviese contentísima con nosotros, mucho mejor. Y vamos buscando esa cosa, ese… anhelo del ser humano, a fin de que cuando lo encontremos y se lo proporcionemos, nuestro control sobre ellos sea total. Mientras tanto, mientras procedemos a esa búsqueda, tenemos que ir conformándonos con las técnicas normales de control, a fin de manejar y dirigir a nuestro antojo la carne de cañón, para que hagan siempre lo que nosotros queramos.

—¿Y qué queréis vosotros?

—Convertir a toda la masa humana en carne de cañón.

—Pero eso es absurdo. Hoy día, en caso de estallar una guerra de importancia, se emplearían tales armas que…

—Tú estás hablando de un posible enfrentamiento entre Estados Unidos y Rusia —cortó Angela—. Y yo estoy hablando de países menos… dotados de poder destructivo sofisticado. Concretamente, estoy hablando del continente africano, donde ya me están esperando varios contratos para convertir en carne de cañón a unos cuantos millones de personas. Te lo explicaré… Suponte que M y W entablan una guerra, y que gana M. Entonces, M envía sus tropas para invadir el país de W, ¿no es así? Lo normal, en estos casos, es que la población se someta al vencedor, al que viene a ocupar el país. ¿Cierto?

—Sí.

—En nuestro caso no sería así, porque mis soldados convencerían a la población de que debía luchar hasta morir oponiéndose al invasor.

—¿Quieres decir… convencer a la gente del pueblo de que luchase contra las tropas invasores?

—Exactamente.

—Pero eso es una locura… ¡Es imposible, además!

—No, no es imposible. Mis soldados aprenden a convencer a las masas para que luchen contra quien sea que les esté perjudicando. ¿Acaso no te parece razonable, o por mejor decir, factible? Alguien va a invadir tu país, tu ciudad, tu casa… ¿No es lógico que luches contra el invasor? Así pues, mis soldados mentalizan a la población para que se enfrenten a las tropas invasoras.

—¡Eso sería una masacre! ¡Jamás la población, compuesta de mujeres niños y ancianos, podría vencer a un invasor armado y entrenado, a soldados preparados para la guerra!

—Bueno, eso nunca se sabe. Y, en cualquier caso, ¿por qué no probar? Imagínate que el presidente de W, que ha perdido la guerra contra M, que ya no tiene tropas ni armamento, puede todavía hacer el último y sorprendente intento para sorprender al invasor: enviar a toda la población contra él. Sería algo así como disponer de unos cuantos millones de kamikaze, de luchadores suicidas… Y eso es lo que yo ofrezco a unos cuantos dirigentes africanos que ya me han hecho un pedido de «soldados». Les ofrezco gente preparada para manipular a su población de tal modo que se conviertan en carne de cañón si su país pierde la guerra que YA ESTÁ PLANEANDO contra otro país.

—Entonces… ¡eso es lo que ocasionaría millones de víctimas!

—Tal vez sí, pero eso no le importaría ni poco ni mucho al hombre que habría obtenido la victoria final.

—Estás loca… ¡Eso no se puede conseguir! Unos cuantos muchachos no podrían manipular de ese modo a la población…

—Pronto lo sabremos, después de la prueba.

—¿Qué prueba?

—La que vamos a realizar en una pequeña localidad francesa que no está muy lejos de aquí, hacia el sur, cerca de Pitthiviers. Su nombre es Vitry-aux-Loges. Esta misma noche, dentro de poco, un amigo mío, llamado Laforet, va a ocupar ese pueblecito con treinta hombres armados. Cortarán las comunicaciones de toda clase y se comportarán como un ejército invasor victorioso, es decir, someterán a todos los habitantes de Vitry-aux-Loges a las consecuencias de una invasión, de un dominio: robarán, violarán, matarán… Entonces será cuando intervendrán mis «soldados» manipulando a la población de Vitry-aux-Loges para que procedan

al contraataque, para que se opongan al invasor. Si mis seis soldados que están ya camino de Vitry-aux-Loges consiguen el éxito, si consiguen que la población de esa pequeña localidad francesa se enfrente a los treinta hombres armados y bien entrenados de Laforet, sabremos que estamos en el buen camino, y que mi idea de un nuevo ejército de esa carne de cañón, podrá ser utilizada en toda África, en Suramérica, y, ¿quién sabe?, quizás en lugares de mayor nivel cultural y social.

—Ese Laforet… ¿es un mercenario?

—Digamos que es un hombre que siempre ha estado guerreando. Y que sabe escoger a sus hombres, naturalmente.

—¿Y tus seis «soldados»? ¿A quiénes has enviado?

—No los conoces. No son de los que has visto aquí, sino de los que ya salieron, bien preparados, y que ahora se van a poner a prueba. Llegarán a Vitry-aux-Loges por separado, y se instalarán allá. Cuando la localidad haya sido ya ocupada, ellos comenzarán a manipular a la población, a convencerlos de que deben enfrentarse a los invasores… ¡Y estoy segura de que lo conseguirán! Hemos estudiado bien el asunto, y aportamos muchos elementos que convertirán a mis soldados en personas… gratas, a las que generalmente se escucha sin recelo.

—¿Qué quieres decir?

—Llegarán seis —sonrió Angela—. Dos de ellos, disfrazados de curas; luego, dos chicas, disfrazadas de monjas; y finalmente, un muchacho y una muchacha, realmente encantadores, que aparecerán allí como recién casados, que van a pasar la noche en el hotel Lunette antes de llegar a París, cosa que harían al día siguiente.

—Y si sale bien ya tienes… contratos con algunos dirigentes africanos dispuestos a hacer la guerra o algunas revueltas, y que estarían encantados de que tus «soldados» les proporcionasen millones de personas como carne de cañón si era necesario.

—Ésa es la idea —asintió sonriente Angela—. Bien, ya he sido amable contigo, ya te lo he explicado todo. ¿Vas a facilitarme esos cincuenta millones de dólares?

—Ahora sería imposible, pues los bancos están cerrados.

—Pero… ¿lo harás mañana? Si vamos a Suiza, ¿me entregarás ese dinero?

—Desde luego. Ya te he dicho que quiero seguir viviendo.

—Y lo conseguirás, gracias a mi amabilidad…, y a mi cariño hacia ti. ¿No querrías tú ser también amable y cariñosa conmigo?

—Desde luego que sí. Aunque ya te digo que no tengo experiencia en este tipo de relación…

—¡Apuesto a que sí! —rió sonoramente Angela.

Se quitó rápidamente la blanca túnica, y Brigitte recibió una de las mayores sorpresas de su vida. Quedó atónita, contemplando el enorme miembro viril de Angela. Estupefacta, miró el espléndido cuerpo que parecía femenino, pese a que los senos, proporcionalmente, no eran muy grandes. Miró el hermoso rostro tan bien maquillado, los ojos relucientes, la tersa y fina piel…, y miró de nuevo el enorme pene de Angela.

Ésta se acercó más, arrebató de un tirón la manta que cubría el cuerpo de Brigitte, y, sin más consideraciones saltó sobre la espía y se dispuso a penetrarla. Brigitte Baby Montfort parecía no conseguir salir de su pasmo, casi *shock*, producido por la sorpresa.

Angela volvió a reír, se tendió sobre el dorado cuerpo de la divina espía, y la besó en la boca.

—Te voy a hacer gozar tanto que —de pronto se apartó vivamente de ella, exclamando—… ¿Qué te pasa?

Había quedado a horcajadas sobre el cuerpo de Brigitte, que se había tensado como una ballesta de acero, con una fuerza tremenda. Al mismo tiempo, Angela vio la sangre que brotaba por un lado de la boca de la espía, y sentía en su propia boca el sabor de la sangre. Con el dorso de una mano retiró la sangre que sentía en su boca, y se quedó mirándola sin comprender.

—Pero…

—Me… han envenenado —jadeó Brigitte, con la mirada turbia—… ¡Ya me lo dijeron, que no querían… compartirte conmigo…, y que… me matarían antes que… permitir… que tú y yo…! ¡Oh, Dios mío, mi… mi vientre, mi… mi vientre, me… me siento… morir…!

El cuerpo de la espía dio otra fuerte sacudida, y Angela gritó y saltó del lecho. Fue a la puerta, la abrió, y gritó llamando a alguien, regresando inmediatamente junto a Brigitte, que seguía sometida a tremendas sacudidas…

—Han sido… ellos —jadeaba—. Otto y Kurt me… me han matado… Me han matado para… apartarme… de ti…

Dos jóvenes aparecieron en la puerta, y se precipitaron hacia el lecho a una orden de Angela. Entre los tres desataron a Brigitte, y Angela gritó:

—¡Rápido, rápido, bajadla a la enfermería!

La sacaron de allí en volandas a un diminuto recibidor que estaba cerrado por una sólida puerta secreta que, al abrirse, pareció talmente pared. Estaban a un lado de un pasillo elevado que al fondo tenía una puertecilla de acceso al tejado para reparaciones. Más cerca estaba el tramo de escalones que descendía hacia el primer piso, a cuyo amplio pasillo llegaron corriendo, seguidos por el grotesco personaje llamado Angela. Al llegar al vestíbulo aparecieron corriendo Otto y Kurt, muy alterados.

—¿Qué pasa? —exclamó Otto—. ¿Qué pasa, Angela…?

—¡Venid a la enfermería conmigo! —ordenó la negra espléndida, todavía desnuda mostrando el sexo masculino ciento por ciento.

En un instante, entraron todos en la enfermería, dando Angela órdenes de que el médico acudiera inmediatamente. Uno de los jóvenes salió corriendo en su busca, y el otro se quedó sin saber qué hacer junto a la camilla en la que había sido depositada Brigitte.

—Pero… ¿qué pasa? —insistió Otto—. ¿Qué le pasa?

Angela le dirigió una mirada que contenía fuego y odio.

—Par de asquerosos —jadeó—… Os he estado soportando porque para poner en marcha mis planes necesitaba vuestro dinero y vuestra ayuda, pero ya no os necesito… ¡Voy a tener más dinero del que jamás habéis soñado vosotros, y ya nunca volveréis a ponerme las manos encima, invertidos del demonio…!

Otto Pfalzer no tuvo tiempo ni de manifestar su sorpresa. Angela había agarrado un bisturí de una vitrina y de un fortísimo tajo, degolló al alemán con toda facilidad, como si su cuello fuese de mantequilla. Un chorro impetuoso de sangre brotó del horrendo tajo, y Otto, con los ojos casi fuera de las órbitas, se fue hacia delante, salpicando sangre profusamente. Kurt Hulm gritó como una rata, dio la vuelta, y quiso salir corriendo de la enfermería, pero Angela lo agarró por la ropa del cuello, frenándolo, y acto seguido atrayéndolo, para clavarle brutalmente el bisturí en los riñones. Kurt Hulm emitió un auténtico berrido de cerdo en el sacrificio, insistió en escapar, y Angela le dio la vuelta y le clavó el bisturí

ahora en pleno corazón. Las gafas saltaron del rostro de Hulm, dejando bien visible su rostro desencajado, deformado por la mueca de agónico espanto. Todavía Angela le clavó otra vez el bisturí, de nuevo en el corazón, y acto seguido lo empujó, derribándolo, y gritando a su vez, porque la alarma le había sobresaltado enormemente…

La alarma de ver a Brigitte golpeando con una mano al joven apuesto, en plena frente, y derribándolo como si fuese un simple muñeco. Inmediatamente, Brigitte se encaró con Angela, que la contemplaba con expresión aterrada, comprendiendo la verdad, la añagaza de Brigitte.

—Maldita —jadeó—… ¡Me has engañado…!

La espía apretó los labios, dio un paso hacia Angela, y le descargó un golpe con la mano que, de haberla alcanzado en la frente, posiblemente la habría matado, como al muchacho que yacía de bruces en el piso. Pero Angela pudo esquivar aquel golpe, y, acto seguido, se abalanzó sobre Brigitte, con todo el ímpetu de su peso, de su corpachón gigantesco y poderoso.

El encontronazo fue tremendo, y, mientras Angela rodeaba con sus brazos el torso de Brigitte, atrapando también los brazos, fueron a chocar de espaldas contra una de las vitrinas con instrumental médico y quirúrgico. Saltaron los cristales hechos añicos, la vitrina pareció a punto de caer, y Brigitte y Angela, al rebote, cayeron al suelo, siempre la segunda sujetando fuertemente a la primera, ambas desnudas. Angela giró, consiguiendo quedar encima, y jadeó:

—¡Ahora… verás! ¡Te voy a destrozar con mi…!

Brigitte no pudo evitar un grito cuando, de un modo absolutamente brutal, Angela la penetró. La negra/negro lanzó un bramido de placer, soltó el cerco que sostenía en torno al cuerpo de Brigitte, y quiso acomodarse mejor sobre ella, para disfrutar mejor su triunfo.

—Ya… eres… mía… ¡Toma, para que aprendas a…!

Brigitte volvió a gritar, golpeó como pudo, giró la cabeza, y vio muy cerca de ella el rostro desencajado de Kurt Hulm. Un poco más allá, sobresaliendo de su corazón, vio el mango del bisturí. Sobre ella, Angela bufaba y rugía en busca del placer, de la consumación del placer iniciado en el cuerpo de la divina espía.

Ésta estiró un brazo, asió el bisturí por el mango, lo giró, y lo

impulsó fuertemente hacia la cabeza de Angela. La afiladísima hoja se hundió en la sien izquierda de Angela, y todo el cuerpo de la negra se estremeció, brincó fortísimamente un instante y enseguida quedó inmóvil.

Brigitte la empujó hacia un lado, haciéndola rodar por encima de su cuerpo, separándola de sí. Angela quedó tendida boca arriba, junto a Kurt Hulm, con los ojos tan desorbitados como los del alemán, tan muerta como él, debido a la escalofriante penetración del bisturí en su sien hasta su cerebro súbitamente muerto.

La espía se puso en pie, vio colgadas de la pared unas cuantas batas blancas, agarró una y se la puso rápidamente, corriendo ya hacia la puerta de la enfermería. Apenas había salido cuando vio llegar a dos jóvenes acompañando a un hombre de mediana edad, que indudablemente debía de ser el médico, al que hasta entonces no había visto por parte alguna.

No les dio tiempo ni a sorprenderse. Al muchacho de la derecha lo fulminó con un puntapié acertadísimo entre las ingles, y al otro, que parecía no saber qué hacer, le descargó un tremendo *tsuki* en el pecho, un directo cuyo impacto casi paralizó el joven corazón; el muchacho puso los ojos en blanco, emitió algo parecido a un suspiro tremolante, y cayó de espaldas. El médico, que había dado la vuelta dispuesto a alejarse corriendo, se llevó la mayor sorpresa de su vida: Brigitte lanzó su pierna derecha, barrió los dos pies del médico, y éste, de repente sin base, se encontró suspendido en el aire paralelamente al suelo bajo los efectos del *okuri ashi barai* de judo. Cayó de cabeza, que resonó contra el suelo, y cuando el hombre todavía intentaba rehacerse y ponerse en pie recibió el puntapié en la mandíbula que le privó del conocimiento.

Una vez más Brigitte demostró su astucia al no correr hacia la gran puerta de la mansión, sino hacia el descansillo desde el cual se descendía a los semisótanos, vacíos en aquel momento, pues las clases hacía rato que habían terminado, y todos los discípulos se hallaban conversando en las salas grandes…

No tuvo ningún problema para llegar abajo, recorrer todo el pasillo, y llegar a la bodega, cuyas luces encendió. Corrió directa a la estantería trucada, y, efectuando la misma maniobra que Otto utilizando el soporte, abrió la camuflada puerta.

Le llegó la corriente de aire, fría y húmeda, y, al mismo tiempo,

procedente de arriba, de la casa, una sorda explosión que la sorprendió. No fue una explosión de gran potencia, pero resultó audible, y, por supuesto, inquietante.

Iba a echar a correr hacia al fondo del túnel, le llevase a donde le llevase, cuando, de pronto, vio junto al soporte que había movido las diversas conexiones de hilos rotos. Se quedó mirándolos sin comprender. Eran hilos eléctricos, que, al parecer, ella había arrancado al utilizar el soporte… Justo en ese instante, le llegó sutilmente el olor a gas y la alarma sonó en su cerebro: era gas venenoso.

Sin pensárselo más echó a correr por la oscura galería. Fue dejando atrás el punto de luz que era la entrada, cada vez más sorprendida de que nadie la persiguiera, ni se encendieran luces allí dentro… Talmente parecía que tras ella sólo hubiera dejado el silencio y la quietud de la muerte.

Varias veces tuvo que ir rectificando la marcha al chocar o rozar con la pared, y debía de llevar corriendo no menos de cuatro minutos cuando volvió a tropezar, pero en esta ocasión no encentró camino expedito por más que buscó. Comprendió que había llegado al final del túnel secreto que sin duda fue construido al mismo tiempo que la gran mansión «Les Oiseaux», y estuvo tanteando hasta encontrar el hueco. Pero no se salía por allí, sino que era el arranque de un tramo de escalones, que subió rápidamente hasta que su cabeza tocó el techo. No un techo de piedra, sino de madera.

Apoyó los hombros contra él y empujó. Se oyó un leve chasquido, y el techo se alzó. Terminó de alzar la trampilla y de subir los escalones, y en el momento en que a través de un pequeño y sucio cristal de una ventana veía el brillo de la lluvia y oía su fuerte rumor, la luz de una linterna cayó sobre su rostro. Brigitte quedó inmóvil, y aspiró fuertemente. Se dio cuenta de que estaba en un pequeño cobertizo que calculó no debía de estar a más de cuatrocientos o quinientos metros de la casa.

Y había alguien allí, naturalmente.

La linterna se movió, y la persona que la utilizaba se acercó a la espía internacional. La linterna se detuvo, y detrás la alta silleta masculina que Brigitte distinguía confusamente.

—Estaba seguro de que no habías muerto —dijo la voz.

—¡UNO! —exclamó Brigitte—. ¿De dónde sales?

—Me parece que ha de ser mucho más interesante saber de dónde sales tú.

La linterna bajó, y Brigitte corrió a abrazarse a Número Uno, que la rodeó con sus brazos como si quisiera absorberla, incrustarla en él para siempre. Él estaba empapado de agua de lluvia, y ella aterida de frío por no llevar más que una sencilla bata, pero a ninguno de los dos le importaba eso. Se besaron largamente.

Afuera seguía cayendo la lluvia, cada vez más mansamente y con menos densidad.

Brigitte apartó su boca, y susurró:

—¿Dónde has dejado el coche?

—Cerca del parador «Les quatre routes», donde me encontré con tus Simones. Me entregaron tus cosas, las puse en mi coche, pero luego ellos dijeron que era mejor que me trajeran en su coche para reconocer el terreno, así que dejé el coche allí.

—Pero… ¿ellos se han marchado?

—Yo decidí quedarme a echar un vistazo por estos alrededores a la espera de encontrar el modo de entrar en la mansión. Vi este cobertizo a unos cuatrocientos metros de la casa, y me pregunté qué podía haber aquí dentro… Ahora ya lo sé. ¿Cómo has dejado las cosas en la mansión?

—He matado a quienes debían morir para evitar millones de muertes, pero… ¡Oh, ya te lo explicaré! ¡Ahora tienes que ayudarme a llegar a un pueblo situado al sur y llamado Vitry-aux-Loges! ¡Vamos a buscar tu coche…!

—Será mejor que tú te quedes aquí —decidió Número Uno—. Yo solo iré más deprisa, y mientras tanto tú puedes descansar. Espero estar de vuelta en veinte minutos… ¿O quizá puede llegar alguien detrás de ti por el túnel?

—No lo sé. Ya debía de haber llegado alguien… Pero hubo dentro una explosión… Dentro de la casa, quiero decir. Y luego olí a gas. Uno, me parece que la explosión la provoqué yo al abrir la puerta del túnel, pero sin utilizar determinado sistema. Debía de ser un sistema de seguridad, o algo así. ¡Dios mío, no me sorprendería haber hecho estallar un dispositivo que haya esparcido gas por toda la mansión, matándolos a todos…! Debía de ser un recurso de fuga de Angela, por si algún día tenía que huir precipitadamente…

—Ya nos enteraremos de eso. Y bien pensado prefiero que

vengas conmigo. Tardaremos un poco más, pero me sentiré más tranquilo…, y mientras yo conduzco inmediatamente hasta ese lugar llamado Vitry-aux-Loges, tú puedes secarte y vestirte con las cosas de tu equipaje…

—Tienes que localizar el hotel Lunette.

Amén

A la luz verdosa y sincopada del hotel Lunette vio llegar el coche un R-11, que se detuvo delante, mismo de la entrada del hotel. Colocándose a un lado de la ventana, la pelirroja pudo ver salir del vehículo a la pareja de jóvenes, y alcanzó a distinguir, atado en el extremo de la antena, el trozo de tul blanco… Tul que sugería boda. La pareja de novios había llegado.

La asesina de los dos curas y las dos monjas se alejó de la ventana, en dirección a la puerta de la habitación donde yacían, enfriándose, cuatro cadáveres. Abrió la puerta de la habitación, y salió al patio, cerrando la puerta. Se puso los lentes y esperó.

No se oía nada, no había nadie en el pasillo. Casi cinco minutos transcurrieron antes de que llegasen las voces desde el hueco de la escalera, por el que enseguida apareció un botones portando dos maletas. Tras él subían dos hermosos jóvenes, dulces, sonrientes, tomados de la mano. Dos jóvenes muy parecidos a los alumnos de KAO en «Les Oiseaux». El botones les abrió la puerta de una habitación, los dejó entrar, y entró acto seguido, con las maletas. Salió enseguida, cerrando la puerta y sonriendo maliciosamente. Dirigió una mirada a la inmóvil pelirroja, pareció a punto de decir algo, pero optó por regresar a la planta baja.

De nuevo sola en el pasillo, la pelirroja fue a la puerta correspondiente a la habitación de los recién llegados novios, y llamó con los nudillos a la madera.

Dentro oía unas risas, muy acordes con las apariencias. La puerta se abrió, y apareció el muchacho, sin recelo alguno, sonriente. Seguramente había pensado que sería el botones quien llamaba, porque, en su rostro apareció una leve expresión de sorpresa.

—¿Sí? —inquirió.

La pelirroja adelantó la mano armada con la pistola, y el

muchacho respingó y palideció. Retrocedió cuando la visitante se lo ordenó haciendo gestos con la pistola. Entró, cerró la puerta, y miró a la novia, que, de pie en el centro de la habitación, la miraba con los ojos muy abiertos, expresando una falsa inocencia que hizo apretar los labios a la pelirroja.

—¿Quién es usted? —murmuró el novio.

La pelirroja lo miró, apuntó a su corazón con la pistola, y disparó. Plop. El novio tosió, saltó hacia atrás violentamente, y fue a caer de espaldas cerca de la cama. La novia miró a todos lados como enloquecida, pareció a punto de echar a correr hacia la ventana… y la pelirroja disparó de nuevo. Plop. La novia gritó entrecortadamente, giró, y fue a caer de bruces sobre la cama, con una bala en el corazón.

—Amén —dijo la pelirroja.

Guardó la pistola en el bolso, salió de la habitación, y bajó al vestíbulo del hotel, que cruzó tranquilamente, observada con escasa curiosidad por unas pocas personas. Salió a la marquesina del hotel. Un botones se le acercó.

—¿Puedo servirla en algo, *Mademoiselle*? —se ofreció.

—No, gracias. Van a recogerme ahora mismo con un coche.

Efectivamente, un coche apareció de las sombras y la lluvia, y se detuvo delante del hotel, la pelirroja corrió hacia él, abrió la portezuela del asiento contiguo al del conductor, y se sentó junto a éste.

El coche partió…

Este es el final

El coche partió, alejándose del hotel Lunette, y la pelirroja se quitó la peluca y los lentes, y acto seguido los rellenos que deformaban parcialmente su rostro… En menos de un minuto la señorita Brigitte Montfort recuperó su personalidad.

—¿Utilizaste la radio de mi maletín para llamar a mis Simones?

—Claro —asintió Número Uno—. Ya han entrado en la mansión…, y han encontrado a Renzo Capavaro, en una celda que hay a un lado del túnel.

—No me di cuenta.

—Pues allí estaba, muerto. También han encontrado la radio de Desmond Ambler, en el dormitorio que ocupaba ese engendro llamado Angela. Y han encontrado cerca de cien cadáveres. Tal como sospechamos, efectivamente había un dispositivo que liberó tal cantidad de gas que todos los ocupantes de la casa murieron. Está claro que tu amiga Angela no quería que nadie quedase con vida para explicar sus planes si ella tenía que escapar con urgencia. ¿Cómo te ha ido con esos… «soldados» que tenían que mentalizar a la población de Vitry-aux-Loges para que se rebelase contra la ocupación de las «tropas» mandadas por ese Laforet?

—Los he matado a los seis. No eran más que asesinos… De cariz diferente a los habituales asesinos que se habrían divertido manipulando a gente inocente para que se autoinmolase enfrentándose a mercenarios o tropas regulares bien entrenadas. ¿Has encontrado un buen sitio para esperar el camión?

—Si viene por esta carretera, sí, he encontrado un buen sitio.

—Pues vamos allá. Y claro está que vendrá por esta carretera.

Apenas un minuto más tarde, Número Uno detenía el coche entre unos pinos y apagaba tedas las luces y el motor. La carretera discurría a unos treinta metros, reluciente de lluvia, que seguía cayendo, pero ahora muy fina y escasa.

Brigitte sacó de su maletín el trípode para cámara fotográfica y el secador de cabello, y montó su tubo-fusil, por cuya boca introdujo tres pequeñas cápsulas.

Luego, se dispuso a esperar.

Unos veinte minutos más tarde, apareció el camión, grande, completamente cerrado, acercándose lentamente procedente de la carretera Nacional 152, tal como los dos espías habían calculado. Brigitte Baby Montfort bajó el cristal de la ventanilla, apuntó al camión con el tubo-fusil, y disparó.

A treinta metros de distancia, el camión repleto de mercenarios implacables que iban a Vitry-aux-Loges dispuestos a cometer las mil canalladas con tal de que los soldados de Angela movilizasen la carne de cañón para experimentar con ellos, quedó en el acto rodeado de una enorme, intensa y bellísima bola de fuego azulado, que inmediatamente se tornó rojo y lanzó hacia el cielo una bocanada de humo… El camión se salió de la carretera, y, justo en el momento en que volcaba, estallaba el depósito de combustible, terminando de reventar todo el vehículo y cuanto contenía.

Brigitte guardó el tubo-fusil, y murmuró:

—Por favor, mi amor, llévame a algún sitio donde haya sol…

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Los soldados del futuro*. <<

[2] Véase la aventura titulada *El ejército de Amid Koral*. < <

[3] Véase la aventura titulada *Funeral por Baby*. <<